VOLVER

cartas a nuestros hijos desde el camino de nuestros padres

Diana Wang

Abril – Mayo 1995

El regreso: Polonia

Primera carta.

Varsovia, 25 de abril.

Queridos míos:

Cansada, muerta, excitada. Me acabo de bañar y de sacarme esa sensación que queda en el cuerpo después de un viaje en avión. Ya estamos en Polonia. Les cuento.

El vuelo desde Roma fue tranquilo. El avión venía lleno. Nuestro grupito de doce personas pasaba desapercibido. Sólo nosotros sabíamos que estábamos. Sólo nosotros sabíamos quiénes éramos. Sólo nosotros sabíamos qué representaba ese regreso.

- *"We are now flying over Warsaw"* (estamos sobrevolando Varsovia) anunció el capitán.

Nos agolpamos en las ventanillas y veíamos allá abajo, entre los copos de algodón transparente que formaban las nubes, los límites entre el campo y la ciudad. La verdad es que se veía igual que cualquier otra. Apretábamos nuestras caras contra el vidrio de las ventanillas en un intento absurdo de encontrar desde el aire, nuestro pasado, las caras perdidas, algunas respuestas, nuevas preguntas.

Cuando el avión tocó tierra, brotó de nuestras doce bocas, sin habérnoslo propuesto previamente, el Himno del Partisano en idish. Doce voces dentro del avión, vociferando, ante la consternación y extrañamiento del resto del pasaje:

Zog nit keinmol az du gueist dem letstn veg
joch himlen blaiene farshteln bloye teg;
kumen vet noj undzer oisgebinktte sho,
es vet a poik ton undzer trot: mir zainen do!
Fun grinem palmen-land biz vaitn land fun shnei,
mir kumen on mit undzer pan, mit undzer vei,

Un vu guefaln s'iz a shpritz fun undzer blut,
shprotsn vet dort undzer gvure undzer mut.
Dos lid gueshriben iz mit blut un nit mit blai,
s'iz nit a lidl fun a foigl oif der frai,
dos hot a folk ts'vishn falndike vent
dos lid guezunguen mit naganes in di hend!
To zog nit keinmol az du gueist dem letstn veg
joch himlen blaiene farshteln bloie teg;
kumen vet noj undzer oisguebenkte sho,
es vet a poik ton undzer trot: mir zainen do! [1]

"Zog nit keinmol az du gueist dem letstn veg" seguimos cantando a voz en cuello cuando pisamos suelo polaco, taconeando desafiantes por los pasillos que nos conducían al edificio central del aeropuerto.

Nos sentíamos poderosos: podíamos gritar que éramos judíos, con orgullo, sin miedo, en el mismo lugar en donde durante siglos se nos había enseñado a ocultarlo, a temer por ello, en el mismo lugar donde fuimos casi aniquilados.

"Nunca digas que caminás el último camino" era más cierto que nunca. Probábamos con nuestra presencia y el enarbolamiento decidido de nuestro canto que a veces ni siquiera es definitiva la muerte. Creo que era lo que sentíamos.

Miguel, un compañero de nuestro grupo, se había prometido que lo primero que haría al tocar suelo polaco sería cagar. No sólo él, también el tío. Juntos fueron al baño del aeropuerto y dejaron ahí ese primitivo testimonio de su presencia.

Por todos lados carteles en polaco, gente hablando en polaco. ¡¡¡ENTIENDO ¡¡¡¡TODO!!!! Compañeros del grupo me piden ayuda para cambiar dinero; voy a la caja y le digo al cajero en polaco: "en cambio chico por favor" sin titubear; ni siquiera me mira, parece

---

1 **Canción popular rusa tomada por Hersch Glick, combatiente del gueto de Vilna, de 23 años, y transformada en un canto de lucha; la escribió luego de que los nazis mataran a quince compañeros. La nueva letra trascendió los límites del gueto y se irradió a otros sitios. Fue tomada como himno de batalla en el levantamiento del gueto de Varsovia.**
Dice: ***Nunca digas que caminás el último camino, aunque te cubran los cielos oscuros, porque nuestra hora esperada está aún por venir y será un estruendo nuestro paso: ¡estamos aquí!. Desde tierras verdes con palmeras hasta lejanos sitios con nieve, venimos con nuestro dolor, con nuestra pena, y donde caiga una gota de nuestra sangre, resonará nuestro coraje y nuestra fuerza. Esta canción está escrita con sangre y no con tiza, no es una canción de un pájaro en libertad, tiene el eco de paredes que se derrumban, es una canción para cantar con granadas en las manos. Nunca digas que caminás el último camino, aunque te cubran los cielos oscuros, porque nuestra hora esperada está aún por venir y será u n estruendo nuestro paso: ¡estamos aquí!***

que sonó perfecto. Y así siguió lo del idioma. Es tan familiar.

Además, las caras. Mis caras por todos lados, mi cara de galleta eslava, mis ojos hundidos, mi expresión triste allá atrás de las órbitas, el color de mi piel, algunos gestos de mamá (sí, mamá, tuyos) y de sus amigas... Es tan familiar.

Las comidas, las vajillas, los criterios estéticos, las carpetitas, los cristales, los objetos de madera, la marquetería. Es decididamente muy familiar.

Pero no todo es como uno se lo imagina. El hotel que nos tocó es un Holliday Inn, igual a los de los Estados Unidos. Lo primero que hice fue prender la tele y me encontré con la CNN. Miro y no sé donde estoy. Me había imaginado un hotel señorial, viejo, con acolchados de plumas y bacinilla debajo de la cama y resulta que me siento como en Miami... En fin. No tenés de qué preocuparte mamá, es cómodo, seguro y todo está a mano. No parece la Polonia que dejamos en el 47 ni la que vos conocías antes de la guerra.

Ahora me voy a vestir que tenemos que ir a cenar. El tío se la pasó diciendo que quería comer *piroshki*, "¿qué?", le decían los compañeros del grupo. "*pirogu*i" decía él y seguían sin entender, "*varenikes"* explicaba y entonces sí entendían. Parece que sólo en nuestra casa se mantuvo el idioma polaco y los nombres de las comidas. ¡Qué raro!, ¿no?

Bueno, chau. Tengo mucha intriga por conocer Varsovia.

Mañana a la noche les escribo otra.

Segunda carta.

Varsovia, 26 de abril.

Queridos:

No saben el cansancio que tengo. Fue un día larguísimo. No hace frío, está fresco y fue un día despejado y soleado. No sé qué contarles primero. Estamos con gente de latinoamérica (venezolanos, chilenos y mexicanos) y vamos en dos micros. Parece que haremos juntos todo el recorrido.

Hoy conocimos Varsovia.

La primera desilusión con el hotel y lo de la CNN, siguió a lo largo de todo el día: Coca Cola, Sprite, Apple y Mc Donnalds por todos lados. Kodak, Sony y Julio Iglesias (en la radio de un taxi que tomamos...!?!). El rey Dolar, el principe Inglés... patrones universales. ¡Qué diferente de cómo lo habíamos imaginado!

La ciudad es horrible. Fue completamente bombardeada y los rusos la reconstruyeron en su peor estilo realista socialista paralelepipédico gris e impersonal. Olvidable.

La única Sinagoga que persistió fue usada por los nazis como depósito. Los sábados, el elenco estable es de unas 100 personas. Dice el rabino -un señor de barbas largas que miraba con picardía a las mujeres- que se estima que la comunidad judía de Varsovia asciende a unas 7000, muchos mezclados, otros asimilados .

Y siguen las desilusiones. El gueto no está mas. Ridículamente esperaba encontrar los escombros. Estúpida de mi.Tenía las imágenes de los escombros, de los cadáveres en las calles, de las filas de gente esperando ser deportadas y me encontré con hermosos jardines, edificios, mamás paseando bebés en cochecitos, gente que va y que viene, algunos monumentos recordatorios alusivos en lugares donde sucedieron cosas.

Mila 18, donde se gestó el levantamiento, la Umschlagplaz, donde se congregaba a los que serían deportados... Sólo quedan esculturas, hitos simbólicos.... Un cacho original del muro del gheto lindero a una casa de departamentos de una de cuyas ventanas se escuchaban las voces de una telenovela en polaco. Nada que recuerde el dolor.

El Teatro Popular Judío existe, funciona, ensayan y actúan obras en idish, dramáticas y musicales; los actores son en su mayoría no judíos, deben aprender idish para estar allí. Tierna venganza, ¿no?

Fuimos al cementerio judío. La visita a los cementerios judíos parece que será una parte importante del viaje. Es en esos lugares donde se tiene la evidencia de los siglos de vida judía en Polonia, los escritores, científicos, artistas, músicos, filósofos. Curiosamente los cementerios son el testimonio de tanta vida vivida en ese lugar, contrarresta el peso de tanta muerte que se encuentra en los campos y en las evidencias de la barbarie nazi.

En el cementerio judío de Varsovia, como parece que sucedió en los otros, la comunidad judía levantó largas paredes con las lápidas que los nazis habían destruido -de ése o de otro lugar- en una especie de collage de nombres, mármoles de diferentes colores y texturas, fechas, idiomas.

Conocimos la ciudad vieja que fue totalmente reconstruída por artesanos, constructores y pintores según el original, reproduciendo los edificios, palacios y casas que había antes, en todos su detalles, una maravilla.

Es preciosa, llena de gente y negocios y colores y alegría. Son unas cuantas manzanas llenas de turistas y gentes paseando y negocios y colores y cosas lindas. Los frentes pintados, las molduras, los herrajes, las esculturas, los frescos.... ¡una belleza!

Hesio, el amigo de papá, nos había dado la dirección de un amigo y nos había dado una carta para él. Lo llamamos por teléfono y fuimos a la noche a su casa. Había sido un miembro del gobierno polaco, viceministro de cultura. Vive en un departamento junto a su esposa, Ruth, una ex actriz dramática.

Se notaba su amargura respecto a los soviéticos.

Nos contó, por ejemplo, que los rusos disfrazaron toda la información de lo sucedido durante la guerra; en este sentido decían que en Auschwitz había muerto 50% de judíos y 50% de no judíos, cuando la proporción fue de un millón de judíos contra 70 mil no judíos, más de 90 y 10%.

También contó que era común que se hiciera un largo listado de los grupos que habían sido víctimas, ordenado alfabéticamente, de resultas del cual los judíos, que en polaco se dice

Żydzi, siempre quedaban al final porque era con “z”, como unos más, los últimos, los menos importantes: se encubría que fueron numéricamente los primeros, las víctimas propiciatorias por excelencia.

Le contamos de nuestro intento de buscar a Zenus, pedimos su consejo. Nos habla de una persona en Drohobycz, un intelectual judío que está en contacto con los centros de documentación y todo eso, que lo vayamos a ver, que es la persona autorizada para indicarnos qué hacer. Nos llevó de vuelta al hotel en un Fiat 600 y en el viaje nos contó acerca de su hija, psicóloga, separada y de su nieto de veinte años que trabaja en computación. Si no fuera que hablábamos en polaco y que estábamos en Varsovia, sonaba como en casa, ¿no?

Ya me cansé. Todavía no les conté nada de la comida, ni de la guía, ni de la otra gente... Basta por hoy. Hasta mañana.

Tercera carta.

Varsovia, 27 de abril.

Hola queridos:

Me acaban de dar el fax que mandaron. Respiro aliviada. En el fondo de mi alma no creía que los fax llegarían. Estoy viviendo en dos realidades simultáneamente: una, la "real", la de este hotel igual a cualquiera del primer mundo, con teléfonos, faxes, lobby, televisión, y otra, la que me había imaginado, la de una Polonia pobre, arrasada por la guerra, con gente ignorante, campesinos analfabetos rabiosamente católicos y antisemitas... Camino con una pierna en una y con otra pierna en la otra. Cuando dejé los faxes ayer y antesdeayer en el desk, no creí que llegarían, me quedé con la sensación de que se los tragaba un agujero negro, que estábamos lejísimo, que la Argentina había quedado muy atrás. Cuando baje con esta carta, voy a llamar a casa para escuchar alguna voz de ustedes.

¿Cómo hacen con los faxes? ¿Se los leen a mamá por teléfono o le llevan una copia? Prefiero que le lleven una copia, así se tranquiliza... Aunque lo que tengo para contar hoy, no sé si la va a tranquilizar. Le acabo de preguntar al tío y me dice que mejor ésta no se la den, que estas cosas duras mejor se las contamos personalmente, que nos vea de regreso, sanos y salvos.

Hoy estuvimos en Lublin y después visitamos Maidanek. Era un campo de concentración. En realidad, un campo de trabajo y de exterminio. Sacamos muchas fotos. Uno no puede creer lo que ve. Uno no puede creer que está donde está. Menos mal que están las fotos. Tal vez, dentro de un tiempo, viéndolas, vivenciemos completamente lo que vimos. Pero al estar ahí no se puede. Todo no se puede.

El campo quedó intacto, es el único que no pudieron demoler. Los campos. Los alambrados. Las barracas. Las cámaras de gas. Los hornos crematorios. Los miles de zapatos. Los armazones de anteojos. Los objetos-testimonios de vidas/muertes. Las cenizas.

El silencio. El olor a humedad. El olor al cuero en la barraca llena de zapatos. Nos golpeó especialmente esa barraca. Imagínense un enorme galpón de 30 metros por 10 metros todo lleno de zapatos. Hay una especie de pasarela en el medio por donde uno camina y a los lados, al alcance de la mano, hay zapatos, miles de zapatos, el olor del cuero y la humedad, la enormidad de imaginar un pie adentro de cada uno de esos zapatos, de todas las medidas,

de todos los colores.

Entrábamos y salíamos de las barracas/museos. Salíamos. Cada vez que salía, agradecía ver la luz del cielo. Cada vez que salía sabía que estaba saliendo. Con una conciencia nueva, urgente.

Todo está cuidado, limpito, prolijito. No hay barro adentro de las barracas, ni olor a vómito ni a caca ni a pis, no se escuchan más que nuestros pasos y los clicks de las cámaras de foto. Nadie habla. La voz se queda agazapada en la parte alta del pecho y no quiere salir.

Todo es irreal. Me decía una y otra vez “no puede ser, no puede ser”.

Por suerte llovía, de modo que algo de lo inhóspito se nos pegaba. Alambres de púas, torres de vigilancia, grandes extensiones de campos verdes y pacíficos. Caminamos por entre todo eso que era y no era.

Las cámaras de gas. Igual que se ven en las películas. Otra vez la confusión entre realidad y ficción. No me pude quedar adentro. A un costado había una pequeña habitación con una ventanita alta. “Desde acá fiscalizaban que estuvieran todos muertos antes de abrir la puerta” dijo un guía. Entré allí. Estaba sola y me quedé mirando por la ventanita. Veía a mis compañeros caminar dentro de la cámara de gas con pasos inseguros. Ninguno gritaba, nadie se trepaba sobre otros para poder respirar, estaban todos vestidos, no miraban con terror. Ahogué un grito y salí corriendo.

En los hornos crematorios había velas encendidas. Uno toca las paredes, las puertas de los hornos.... es lo mismo pero no lo es. Me paré frente a uno de los hornos y me imaginé haciendo el movimiento de ingresar un cuerpo, empujarlo, cerrar las puertas de hierro, girar para ir en busca del siguiente.

La mesa de "cirugía" donde los *Sondercommando* (judíos prisioneros que no tenían más remedio que colaborar; si no, los mataban) colocaban a los cadáveres para extraerles los dientes de oro de las bocas, las eventuales posesiones del ano y los intestinos.

Llovía, no habíamos llevado paraguas ni pilotos. Teníamos frío. Estábamos mojados. También por fuera.

Un enorme monumento circular alberga no sé cuántos kilos de cenizas. Allí se iba a hacer un acto. No fui.

Volví a los micros y me reconfortó el café, el calorcito, los asientos conocidos, la

inminencia de nuestra partida de allí.

El regreso fue en silencio. Creo que nadie durmió. Llegamos a Varsovia a la noche. ¡Qué hermoso es el Holyday Inn! ¡qué fantástico el baño, el papel higiénico, el jabón, las toallas, la calefacción, la ropa limpia, la comida que estamos por comer!

Chau queridos. Lamento esta carta. También lamento que no estén con nosotros. Esto es necesario. Si queremos empezar a entender algo, esto es necesario.

Hasta mañana. Mañana vamos a Cracovia, la ciudad de los reyes. Los quiero mucho.

Cuarta carta.

Cracovia, 28 de abril.

Queridos míos:

¡Qué belleza de ciudad! No sé por dónde empezar.

Primero, el hotel es del mismo tipo que el de Varsovia. Otra cadena norteamericana, la Forum. Todo bien, ya nos acostumbramos.

La ciudad es maravillosa. Conserva todas las características de una ciudad medieval y renacentista, no fue lastimada por la guerra. Es también el centro cultural y universitario polaco. Teatro, cine, pintura, escultura, cafés, vida social intensa en las calles tanto de día como de noche, boliches, alegría, colores, arquitectura deslumbrante en recovecos, ornamentos, pasillos, callejuelas, paredes, herrajes, plazas, espacios....

Tía Lusia, mamá, papá, Fela y yo - 1946

yo solita, en el mismo lugar - 1995

Yo tenía una foto mía junto con mi prima Fela cuando las dos teníamos poco más de un año. Estaba tomada en el Rynek, es decir la Plaza Mayor. Me dí cuenta ni bien lo pisamos.

Nos costó un poco encontrar el lugar preciso pero allí estaba, como si el tiempo no hubiera pasado, los mismos edificios en el fondo, los mismos espacios.... Yo caminaba como entre sueños, tratando de reconocer lo que no recordaba... Cuéntenle a mamá que está todo igual, que ya va a ver con la foto. Me parecía loco, que eso del tiempo era una abstracción inasible, que todo estaba ahí otra vez, que yo estaba ahí, en el mismo lugar en que me veía en esa foto al año y medio y que no me acordaba de nada... ¿Dónde van las imágenes de la infancia? ¿dónde quedan los olores, las alegrías, el miedo? ¿cómo es que parada en ese mismo lugar, según lo testimonia esa foto vieja, me sintiera como si fuera la primera vez? Loco, me parecía loco. Me puse a hacer cuentas. Por ejemplo, en esa foto mamá tenía dieciocho años menos de los que tengo yo hoy. Si se pudiera subir uno a la máquina del

tiempo, ¿no?, ¿qué tendría mamá en la cabeza en el momento de esa foto? Si alguien le hubiera dicho que iban a establecerse en sudamérica, en un lugar llamado Argentina y que casi cincuenta años después esa nenita que tenía de la mano volvería a ese lugar a sacarse una foto... imposible imaginarlo, imposible.

Le mostré la foto a cuanto paseante paseaba por ahí y le explicaba "ésta soy yo" y señalaba a la nenita rubia, "nos fuimos a la Argentina, sobrevivimos la guerra, somos judíos". Un test. Una especie de test. Hasta "sobrevivimos la guerra" me respondían con una sonrisa, cuando venía el "somos judíos" la cosa variaba: algunos miraban con expresión seria y reconcentrada, alejaban ligeramente su cuerpo y amablemente se despedían; otros, directamente se iban mirando para abajo; otros, los menos, seguían la conversación. Todo un test.

Las lilas en flor, el verde de los arboles y las plantas que aparecían por todos lados resaltaban la vitalidad, la historia y la frescura del lugar.

Fuimos al barrio judío, que está bastante conservado. Hay sinagogas, museos, cafés, el portón de la fábrica de Schindler, los terrenos donde estaba el campo de Plaszów de donde sacó a los de la lista (ahora es un recorrido turístico), un viejísimo cementerio judio con tumbas del mil cuatrocientos en adelante, símbolos judios por todos lados en verjas y calles.

El barrio judio de Cracovia se llama el Kasimiersz. Nos contaron que es honor a Casimiro el Grande, el rey de Polonia que en el siglo XV abrió las puertas a los judíos que la Inquisición Española echaba de España. Fundó este barrio en Cracovia, la sede del reino, para que sirviera de asentamiento de las nuevas familias, para que trajeran el comercio, la

artesanía y la cultura.

Resulta que en la Sinagoga Remuh, la más vieja me pasó algo que les quiero contar. Habla de un viejo dolor que aún persiste.

La sinagoga aún funciona. En los fondos hay un cementerio con lápidas del 1400 y 1500. Entramos desordenadamente los que bajamos de los dos micros y nos desparramamos por todos lados, mirando todo, husmeando todo. Había unos viejos barbados con pinta de dueños del lugar, muy religiosos. Uno de ellos hablaba con una jovencita rubia. Me llamaron la atención sus gestos desmañados, airados y la forma en que le hablaba, con enojo contenido. Me acerqué de puro metida, para escuchar de qué hablaban. La jovencita tenía la cabeza cubierta con un pañelo y llevaba algo en las manos, una bolsita, no sé. Oí que el viejo le ladraba en polaco:

- "salí de aquí, sos el demonio, no vengas más", y ella en tono suplicante:

- "no vengo a insultar, déjeme pasar".

Con fuego en los ojos pero sin levantar demasiado la voz el viejo le contestó:

- "¡nunca! ¿vos me dejarías entrar así a tu iglesia?, ¿qué te creés?, ¡andate y no vuelvas!".

La chica dió media vuelta y, resignada, se fue. No entendí nada. Con el derecho y la ligereza que me daba el ser turista, me acerqué el hombre y, en polaco, le pregunté qué había pasado. Me miró de la misma manera que antes a la chica y me escupió con odio y resentimiento:

- "¿qué le importa? ¿para qué se mete? ¿también usted viene a profanar este lugar?".

Me quedé paralizada. Sólo atiné a decirle que le había hecho una pregunta, que no entendía su tono insultante. No me tomó en cuenta y se alejó. No alcanzó a dar unos cuatro pasos cuando se quedó clavado en el piso:

- "La señora no formará parte del grupo, no?".

-"Sí", le dije, "y soy tan judía como usted".

Entonces fue suyo el turno de quedar paralizado. No supo qué decirme. No me pidió disculpas por cierto. Le volví a preguntar qué había pasado con la chica. Entonces me explicó de mala gana, que había venido a sacar fotos y que, para pasar desapercibida, se había intentado cubrir con un talit.

- "Ah", dije yo, como si así hubiese entendido algo. Después me explicaron que el talit es un hábito de culto que visten sólo los varones, sobre una mujer podía ser entendido por los ortodoxos como una profanación. Enfin, no me parece que era para tanto. Lo cierto es que me dio una idea del clima interreligioso imperante, las sensibilidades y los resentimientos a flor de piel. Fue el único episodio ligado a lo antisemita que viví personalmente hasta hoy (en realidad, fue más bien un episodio ligado con la paranoia o con la viejas heridas). El viejo pensó que yo era una polaca, que trataba de asumir la defensa de la chica, por eso me habló así.

Dentro de un rato, nos vamos a pasear y a comer a algún lugar de la ciudad. No queremos quedarnos en el hotel. El tío, pobre, -eso todavía no se los conté- nunca comió sus famosos piroshki, porque como es una comida barata, en el hotel no la sirven, así que nos vamos de joda a comer piroshki a un lugar que nos recomendaron. Mañana les cuento.

A propósito, mañana es el día de la marcha entre Auschwitz y Birkenau.

Mañana es el día. Chau.

Quinta carta.

Cracovia, 29 de abril.

Querida familia, queridos queridos:

Ya volvimos de cenar. No me quise quedar con el resto del grupo, tenía urgencia de venir a escribir esta carta, no quiero que se me olvide nada de lo que pasó. Hoy estuvimos en Auschwitz-Birkenau, el más conocido de los campos. Campo de tránsito, distribución y trabajo, pero, finalmente, industria masiva del exterminio.

Está cerca de Cracovia, en un pueblo que en polaco se llama Oswięcim. Allí sería la Marcha propiamente dicha.

Auschwitz está casi intacto, no así Birkenau, o Auschwitz II, que fue dinamitado por los nazis. No querían que se supiera el monto del horror. Quedaron sólo los restos. Entre ambos hay 3 km. Son los tres kilómetros que caminamos con la *March of the Living* ("Marcha de los vivos" que no sé por qué en la Argentina la llaman "Marcha por la vida").

En Auschwitz las barracas alojan una especie de museo. Cada habitación llena de objetos merecería largos párrafos que voy a ahorrarles. Fotos. Más zapatos (muchos más que en Maidanek). Valijas de cuero, de cartón, de madera, valijas grandes, cúbicas, alargadas, nuevas, gastadas, marrones, negras, grises, atadas con sogas... pero todas con los nombres de sus dueños manuscritas. Recipientes de comida, vasijas, ollitas, cacerolitas, bols, platos de metal, platos de madera. Maquinitas de afeitar, aparatos ortopédicos, piernas, brazos, bastones, trípodes, arneses, anteojos, pilas increíbles de armazones de anteojos. Trenzas de distintos colores, rubias, pelirrojas, morenas, castañas, "estaban vivas cuando se las cortaron". Y, al lado, pelos blancos, "el gas dejaba el pelo de ese color, las raparon después de muertas" en fardos y fardos.... todo en cantidades inenarrables, no se puede contar ni transmitir... y fotos y más testimonios y documentos y recordatorios. Miraba todo presa de una irrealidad pasmosa y, al mismo tiempo, sumergida en la más total de las zozobras. No lloré. No lloré. No lloré. Recién me quebré ante un pequeño mostradorcito que contenía ropitas de bebé, dos batitas con puntilla, un babero bordado en punto cruz, una mamadera y un par de escarpines tejidos. No me pude contener. Me brotó de adentro un torrente de dolor. Creo que grité.

También llovía, lloviznaba. Es natural.

Después de la recorrida por las barracas nos fuimos congregando cerca del portal que reza *"Arbeit macht frei"*, ese irónico y lúgubre cartel nazi, “el trabajo libera”. Había delegaciones de todo el mundo, cada una con la bandera de su país.

Pero ahora viene la parte más importante para nosotros.

Resulta que la noche anterior nos habían dado a todos camperas azules con una gran estrella de David blanca en la espalda, una mochila azul con estrella blanca y una maderita para que cada uno escribiera en ella y dejara el/los nombre/s de su/s muerto/s sin sepultura. El tío y yo, cada uno por su lado y sin habernos puesto de acuerdo, pensamos que en esa maderita debería ir el nombre de Zenus. Yo tenía una foto de él y la pegué en la maderita, escribí su nombre y un mensaje alrededor. Escribí: en tu cara está la nuestra.

Atrás dibujé nuestro árbol genealógico, su lugar dentro de nuestra estirpe.

Con ese tesoro dentro de la mochila empezó la Marcha, detrás de la bandera argentina. Había muchas banderas israelíes, o sea más estrellas de David flameando por todos lados. Cuando empezamos a caminar comenzó a lloviznar otra vez. Es natural. Difícil de transmitir los sentimientos de esa caminata compartida por gente venida de todo el mundo, por el mismo lugar por donde llevaban a los judíos que irían a morir a Birkenau. A los costados, éramos custodiados por unos tipos grandotes polacos e israelíes, vestidos de piloto como corresponde, con el cuello levantado y walky-talkies. Nos sentíamos seguros, protegidos. Acto de reivindicación, determinación definitiva de vivir, yo qué sé, no sé qué palabras ponerle a esa vivencia.

Ver la infinita sucesión de estrellas en forma de banderas, camperas y mochilas, desfilando a lo largo de esos 3 km es más de lo que el recuerdo de mi emoción me permite

expresar. En las esquinas había gente que nos miraba. Yo pensaba dónde habían estado sus padres cuando los que pasaban iban a la muerte.

Cuando mamá nos preguntaba “¿para qué quieren ir allá?”, no sabíamos qué contestarle. Emitíamos respuestas ambiguas, blandas, débiles. Ahora lo sabemos. Vinimos para marchar junto a toda esta gente, no todos judíos por cierto, y, fundamentalmente a darle un lugar a nuestro hermano, un lugar en el mundo con su nombre y su apellido. Todos podemos estar tranquilos porque hay, desde hoy, un testimonio que lo recuerda, un lugar en donde pensar que descansa.

Pero me estoy atropellando. Les voy a contar más en detalle.

Luego de caminar los 3 km, de entrar por la entrada famosa de Birkenau, esa donde llegaban los trenes, donde se hacía la primera selección, entramos a un gran campo a cuyos costados, cada cincuenta metros, se veían los restos de las barracas dinamitadas. En silencio y bajo la llovizna insistente, llegamos a una plazoleta. Allí tuvo lugar el acto. Se encendieron las velas, se habló, se cantó, se rezó, se compartieron reflexiones y vacíos. No entendí todo porque la cosa se fue dando en los distintos idiomas de quienes allí estábamos. El acto era la culminación de *March of the Living.*

Nos fuimos disgregando, cada uno con su maderita en la mano. Nos acercamos a los restos de un crematorio dinamitado por los nazis. El tío tomó la maderita y no se decidía dónde ubicarla. Iba de acá para allá, como desorientado. Yo no entendía qué le pasaba, hasta que entendí. Colocó la maderita con la foto de Zenus y su nombre debajo de una saliente, una piedra grande, un lugar reparado, con "techito" para evitar que la lluvia la mojara.... Hundió la punta de la madera en la tierra, delicadamente pero con firmeza, la miró, la acomodó para que se mantuviera derecha y me miró buscando mi aprobación.

La gente empezó a acercarse porque ninguna otra maderita tenía foto. La fotografiaban, algunos la filmaban. Fué la culminación pues su nombre y su cara dejaron de ser nuestra exclusividad. A partir de ahora habrá otros que lo conocen, que guardarán su

imagen, ahora podrá ser recordado. No fue un entierro porque él no estaba, pero hubo velorio y ceremonia, el rito de la muerte se pudo cerrar.

El tío escribió en el micro, de regreso:

Aquí,
desde los campos del horror,
frente a miles y miles de zapatos apilados,
sé que estoy donde estoy,
y, sin embargo, lo que es no es
ni un centímetro de lo que fue.

Aquí,
el horror está en orden.

Aquí,
no hay lamentos
no hay olores, no hay desesperanzas,
no hay humillaciones ni degradaciones.

Sin embargo,
aquí,
en estos campos de la muerte,
me brota el llanto,
y creo estar cerca, apenas,
de todo ese dolor que
aquí,
precísamente aquí,
padecieron miles y miles de seres humanos.

Aquí,
en esta tierra regada por sangre
cultivada hoy por la memoria,
mi hermana y yo vivenciamos en todo el cuerpo
el por qué de nuestro viaje.

Aquí,
en Auschwitz-Birkenau
hemos clavado sobre la tierra
el nombre y la foto de nuestro hermano
para que todos, en mi familia,
descansemos en paz.
Amén
March of the Living, a 50 años del horror

Y ya está. Ojalá haya podido transmitirles todo esto. Ojalá también para ustedes ésta sea una historia terminada.

Estoy agotada. No sé si voy a poder dormir esta noche. Pero lo voy a intentar ya que mañana tenemos otro largo día. Chau. Los quiero mucho.

Sexta carta.

Varsovia, 30 de abril.

Queridos queridos:

Ésta será el último fax desde Polonia (¿se podrá enviar faxes desde Ucrania?). Fui tomando muchos apuntes de cosas que pasaron y de reflexiones. Ya lo compartiré con ustedes a nuestro regreso.

Ya que anduvimos con el tema de los campos, termino con Treblinka, que es el otro que visitamos hoy.

Treblinka. Era un campo de exterminio puro, no era de trabajo, ni de tránsito, ni de concentración. Los que llegaban eran muertos en el día, no había lugar para que estuvieran allí, sólo sitios de muerte. Está al este de Varsovia. Acá mataron a los del gueto de Varsovia.

Uno llega y no ve nada, no queda nada, es un lugar con monumentos simbólicos. Curiosamente, es el que más me impresionó. Tal vez, en esta medida del espanto, el símbolo es lo que más le llega a uno, mientras que lo concreto, la barraca tal cual, el horno crematorio, las cámaras de gas parecen ficticias, uno lo vió en tantas películas, se produce como un distanciamiento extraño, defensivo segúramente.

Acá, en Treblinka, donde no quedó nada, por el contrario, donde hay sólo piedras, monumentos recordatorios en el medio del campo, de un campo con pajaritos que cantan y florcitas silvestres de lo más encantadoras, vigas de cemento remedando las vías del tren, monolitos de piedra con nombres de las ciudades y los pueblos de donde llegaban las víctimas, la cosa es escalofriante.

Aquí se mataron más de un millón de personas en un año (3000 -tres mil- personas por día, 3000 pares de zapatos, 3000 pares de medias, 3000 pantalones o polleras, 3000 valijas... por día). La mecánica de las muertes, la organización de los objetos que quedaban diariamente y todo eso, lo tengo por ahí en libros y en el alma, no tengo ganas de contarlo ahora, me supera. De Treblinka sólo se salvó un puñadito de personas que protagonizaron un levantamiento. Todos los demás perecieron.

Nunca más, dice en una piedra en todos los idiomas. Nunca más, pensé yo y pensé en el proceso militar y en el escepticismo que a veces me invade acerca del alma humana.

¿Qué otra cosa se puede pensar en Treblinka?

Mañana nos quedamos solos con el tío. El grupo se va a Israel. Nosotros seguimos viaje pasado mañana para Ucrania. Mañana, primero de mayo, pasearemos. Espero.

Chau a todos. Por ahí mañana los llamo para escuchar alguna voz querida.

Despedida de Polonia. Últimas reflexiones.

Aeropuerto de Varsovia. Esperas. Demoras. Eternos cafés. Aprovecho para pasar en limpio algunas ideas. Si consigo fax en Ucrania, se las mando. Si no, se las paso a la vuelta.

Lo que aprendimos de los polacos de hoy y de los de entonces.

Nuestro grupo sudamericano estaba formado por personas provenientes de Chile, México, Venezuela y nosotros; íbamos en dos micros, cada uno con su guía. Al otro le tocó Cristofer y a nosotros Casha (Catalina). Casha era una chica muy bonita, muy culta, que hablaba el español a la perfección, con tonada y giros bien ibéricos por cierto. Enérgica, levemente autoritaria, muy joven (24 años), daba todas la explicaciones y referencias con objetividad y tesón.

La gran pregunta: El pueblo polaco, ¿fue cómplice?

El punto ciego aparecía cuando se tocaba la participación del pueblo polaco en todo este horror, cosa que sucedió en algunas oportunidades. Fue todo un tema, a ver si me detengo un poco acá. Por un lado, los que veníamos de América, del pasado, traíamos una información congelada en el tiempo, detenida en lo que a cada uno nos habían contado nuestros padres o abuelos: había algunos, como nosotros, cuya memoria estaba fijada en los cuarentas, otros en los veintes, otros, a principio de siglo. Los relatos escuchados, subjetivos, particulares, acotados en tiempo y espacio, eran, para cada uno de nosotros, aquello que sabíamos de la conducta de los polacos; para cada uno de nosotros, lo que sabíamos, lo que nuestros padres y familiares nos habían contado, había sido transformado en generalización: todos los polacos habían hecho tal o cual otra cosa, casi siempre en un contexto de militante antisemitismo.

Por otro lado, las nuevas generaciones polacas, están necesitando reconquistar el

orgullo nacional luego de tantas humillaciones sufridas en el pasado próximo de manos de los rusos. La idea de colaboración con los nazis y de victimización de los judíos les resulta intolerable; algunos, entonces, pretenden negarlo todo: nadie colaboró, nadie hizo nada, fueron tan víctimas como los judíos, no pueden ser acusados de nada. Tarde o temprano el tema aparece, tarde o temprano empezamos a hablar en el idioma de víctimas/verdugos, inocentes/culpables, acusados/acusadores/ sospechosos/sospechados. Cuando uno empieza a hablar en ese idioma, no puede más que ver las cosas desde esas polaridades, y uno siempre prefiere estar del lado de los "buenos" y poner al otro, a quien verá como "enemigo" del lado de los "malos". A veces puede ser una trampa que impide pensar, que reduce las cosas a una simplicidad peligrosa y mistificadora.

Una pequeña sorpresa.

El gobierno polaco ha mantenido los testimonios de la vida judía en la medida de lo posible. No sólo los monumentos y las placas recordatorias por doquier, sino los edificios, las sinagogas, los nombres de las calles, los museos, los cementerios, todo eso existe, está cuidado, mantenido por el gobierno, protegido, activo. En la ciudad de Cracovia, el terreno donde estuvo el campo de Plazów, una colina verde coronada por un enorme monumento, ví una ofrenda floral del gobierno, con la bandera polaca. Hay desde las esferas oficiales como la aceptación y el reconocimiento de lo sucedido y una conducta de respeto y consideración. Toda una sorpresa para nosotros que veníamos con las viejas historias de polacos crueles y antisemitas a ultranza.

El pueblo polaco fue, de los países ocupados, el más castigado.

Nos pusimos al tanto acerca de algunos datos e informaciones que desconocíamos y que la historia con la que veníamos habían mistificado un tanto. Supimos que el nivel de colaboracionismo de los polacos en tanto pueblo no tuvo ni por asomo la incidencia del efectuado por el pueblo francés y el austríaco.

Los polacos fueron invadidos y tratados por los alemanes con una crueldad inusitada que no ejercitaron en los otros países ocupados. Por ejemplo, sólo en Polonia, aquella persona que era descubierta protegiendo a un judío era muerta inmediatamente junto a toda su familia. Si en esas circunstancias, aún había gente que escondía a judíos (si los Milkowiecz no lo hubiesen hecho yo no estaría escribiendo esto y ustedes no lo estarían leyendo), a cambio de

dinero o de lo que fuera, es todo un milagro.

Y no fueron pocos. A lo sumo se puede acusar al grueso del pueblo de indiferencia, de by standers... de lo mismo que se me podría acusar a mí y a la mayoría de nuestros compatriotas durante el proceso militar argentino. Hambreados, sin perspectivas, asustados, viendo cómo sobrevivir día tras día, en esas condiciones vivieron los polacos toda la guerra. No hay duda que se trata de un pueblo en el que el antisemitismo es mamado cotidianamente, fruto de la constante prédica de una iglesia retrógrada que asusta a pobres campesinos ignorantes. Si en ese contexto y con las amenazas alemanas el porcentaje de colaboración de los polacos fue tanto menor al de los franceses y austríacos, es todo un dato novedoso, ¿no es cierto?

La guía y el guía

Estaba hablando de Casha, nuestra guía, la jovencita polaca, la nueva intelligentzia. A ella no le causaban ninguna gracia las preguntas relacionadas con todo eso, ponía cara de heroína chopeniana y uno podía escuchar la polonesa heroica atras de su tono desafiante y defensivo. Parece que no sucedió lo mismo con Cristofer, el guía del otro micro; en su caso, no se sentía provocado por las preguntas y los comentarios, los comprendía, asumía una actitud de identificación con el dolor de las víctimas y no negaba ni encubría los hechos dolorosos de connivencia con el agresor. Dos actitudes, dos personas diferentes, vaya uno a saber qué pasados hay en cada una, qué historias familiares. En todos estos lugares, después de tantos siglos de vida judía, hay mucha mezcla. Algunos lo saben y otros nos, algunos lo admiten, otros lo encubren. Mirándome en las caras de las gentes, veía tanto mi propia cara por todos lados que me pregunté muchas veces acerca de nuestros probables antepasados eslavos más o menos recientes, mas o menos encubiertos

La comida.

Descubrí en los restaurants que hay *pirogui polski* y *russki;* los polski son con carne y/o con *kapusta*, es decir repollo; los russki son con puré de papas y cebollita frita. ¡Russki pa' todo el mundo! Pedimos *borscht* que en polaco se llama *barscht*, hecho transparente, igual al que hace mamá, con la pimienta justa, una delicia. Comíamos siempre lo mismo.

Y ya está. Estamos por abordar el vuelo de LOT. Hay muchas cosas nuestras que descubrimos en Polonia. No sabíamos que había tanto de polaco en nuestra educación, en

nuestra casa, en nuestros gustos, estilos, sabores.

Somos más de lo que pensamos.

Argentinos.

Judíos.

Ahora, polacos.

Al rompecabezas de nuestra identidad se agregó esta nueva pieza. Vaya uno a saber cómo la iremos a encajar con todo lo demás.

El regreso: Ucrania

2 de mayo.

Ya estamos en Ucrania.

Primera frustración: en este hotel no hay fax. Tampoco correo electrónico. Voy a tomar algunos apuntes de lo que vamos viviendo para poder contárselos a la vuelta.

Estoy tirada en la cama del hotel. Les cuento. Es el Grand Hotel. Está ubicado en el lugar más importante de Lwów, frente a una plaza. Se ve más bien como un grand hotel de provincia, que supo disfrutar de algún lujo en algún remoto pasado, limpio, lleno de bronces, alfombras y rococós, estilo francés clásico (no sé de estilos, pero el tipo de construcción que en Paris hay mucho). Ya a la entrada nos sorprendieron la cantidad de botones y empleados que te abren la puerta, te saludan, te apantallan y te soplan las pelusas.

Subimos a nuestra habitación por una escalera alfombrada de rojo bordeada de herrería dorada con volutas y angelitos. La habitación consta de dos piezas, una con dos camas de una placita, o sea menos que una plaza, de ésas de madera, con colcha de hotel del interior y mesitas de luz con patas desniveladas, veladores de plástico con pantallas de tela color bordó.... En la salita hay un sillón, una mesita con una botella de agua mineral y vasos, y un televisor. El baño es la desilusión mayor, porque uno esperaba encontrarse con una bañadera con patas de tigre y esas duchas con florones enormes... Nada, lo aggiornaron, lo modernizaron y está tan insípido como el resto de la decoración. Eso sí, hay papel higiénico, shampú y crema de enjuague, jabón y toallas.

Lo primero que hicimos fue deshacer las valijas. Acomodamos todo en el ropero -un ropero de esos de antes, grande, con espejo en la puerta-, y prendimos la tele para ver qué se veía. Encontramos otra vez la universalmente penetrante CNN que nos produjo una mezcla de desilusión, de "¿aquí también?" y familiaridad, de "aquí también". Nos pusimos a hacer zapping y encontramos varios canales de Moscú; en realidad, no alcanzamos a distinguir todavía las diferencias entre el ucraniano y el ruso que suenan bastante parecidos; supongo que si entiendo algunas palabras, deberá tratarse de ucraniano que está más cerca del polaco. Bueno. Enseguida bajamos a almorzar al comedor del hotel. La existencia del comedor fue otra de las razones por las que hicimos bien en elegir ese hotel. Se trata de un restaurant

internacional, con el menú escrito, afortunadamente, en ucraniano y en inglés cosa que nos permite entender puesto que lo escrito en cirílico nos resulta indescifrable.

Primera sorpresa: ¿saben cómo se dice pirogui en ucraniano?, en el menú dice *"varenikes*". Siempre pensé que "*varenikes"* era en idish; tal vez lo sea y los ucranianos no lo sepan. Por ahí se debe a que cuando la papa fue traída a Europa, ya los judíos formaban parte de "la zona" (así se llamaba la porción de tierra que podían ocupar los judíos, parte de las actuales Polonia, Ucrania, Rumania, Bielorrusia, Rusia y Lituania). Los varénikes aparecieron cuando ya la convivencia étnica y cultural existía, de modo que la palabra que los designa debe pertenecerles a ambos, tanto a eslavos como a judíos. Encima, los sirven "*with smetene",* o sea, con crema: ¿la palabra "smetene" tampoco era idish?; además es como en casa, con crema como los hace mamá, no con cebollita frita, "pirogui ruski" como se llaman en Polonia, sino con crema, a la ucraniana. Siete u ocho siglos de vida judía en el lugar, no deben haber sido como la actual situación hacia suponer, deben haberse entremezclado de mil y una maneras y debe haber más de un sector de realidad (como la de los varenikes con smetene) en el que llega a ser difícil discriminar qué es qué, qué es de quién, pasa a ser posesión de ambas culturas por igual.

Los precios son internacionales, aunque la comida en el hotel es, en esos parámetros, muy barata, unos 4 dólares por persona, pero para los locales, es un delirio. Nos enteramos que los sueldos van entre 5, un sueldo mínimo y 30 un excelentísimo sueldo. Dólares quiero decir, no monedas de oro. De modo que el restaurante es exclusivísimo, para turistas y hombres de negocio o mafiosos, los únicos que lo pueden pagar.

Les cuento nuestra llegada.

La cosa empezó al bajar del avión de LOT, en el aeropuerto de Lwów (*se pronuncia "LVUF", se suele escribir también Lvóv, la "ó" en polaco se pronuncia "u"*), (Lviv para los ucranianos pronunciado "lviu", era Lemberg antes de la primera guerra, cuanto perteneció al Imperio Austro húngaro).

Bajamos del avión por escalerita y caminamos los cien metros hasta la construcción que hace de aeropuerto. Se trataba de un edificio tipo terminal de micros de pueblo olvidado, vieja, sucia y con un penetrante olor a pis. Los policías, soldados, oficiales o yo-qué-sé-qué que estaban allí, vestían uniformes verde caqui, como los rusos de las películas de espionaje.

Caras adustas en la gente común, ropas ordinarias y sin criterio de combinación de color ni de tipo, cualquier cosa con cualquier cosa, algarabía, desorden, bolsos, paquetes, apretujamientos.....

La cola de migraciones estaba en un pasillito así de angostito que tenía, encima, una valla de madera en el medio; casi no podíamos estar de frente, no había espacio, hacíamos una cola de perfil. Al otro lado de la valla que dividía el ya esmirriado pasillo, estaban formados los que hacían la cola para salir. Unos mirando para un lado, es decir hacia la salida del aeropuerto, los otros mirando hacia el lado opuesto, esto es, hacia la puerta de embarque, cruzándonos nuestros alientos, mirándonos con desconfianza y suspicacia, para nosotros, excitantes y ligeramente amenazantes. A ambos lados del pasillito, estaban los oficiales de migración, tras mostradores con rejas de madera, portando expresiones severas y desconfiadas, tipo Rudolf, el agente de Caos del Super agente 86. Parecía mentira que encontráramos allí las mismas caricaturas que Hollywood insistió en construir durante los años de la guerra fría acerca de la "cortina de hierro". Lo cierto es que allí estuvimos un buen rato, que no fue del todo aburrido, nos parecía estar dentro de una película, era de una hiperrealidad inesperada, incrementada por el ácido y aciago momento en que, el avance en nuestra cola, nos llevó a estar unos eternos diez minutos en la puerta -que no se podía cerrar del todo- del baño.

Cuando llegó el momento de estar frente a los oficiales y mostrar los pasaportes, confirmamos la sensación anterior: no parecía un capítulo del Super agente 86, era peor, era de verdad. Nos miraron y remiraron con expresiones amenazantes, paranoicas como diciendo "ojito, occidentales piolas, que a nosotros nadie nos va a pasar". Mi pasaporte finalmente siguió su curso, no así el del tío: iba y venía de mano en mano, miradas extrañadas pretendían descifrar algo en él. Nosotros mirábamos curiosos, aunque un tanto preocupados a estas alturas. ¿Qué podía estar pasando? ¿Se parecería el tío a algún vendedor de armas o traficante de drogas? ¿Había alguna marca oculta en el pasaporte por lo cual lo deberían retener allí? Nos acordamos de "Expreso de medianoche"; nos lo dijimos y nos empezó a dar miedo. Todas las advertencias que habíamos recibido se nos vinieron encima juntas. ¿Quién nos había mandado? ¿Qué veníamos a buscar? ¿Para qué nos metimos en la boca del lobo? Al final, mamá tenía razón, son tipos intratables, asesinos, antisemitas, impredecibles... No nos

dijimos una sola de estas palabras que nos atormentaban. Mirábamos fija y atentamente las idas y venidas del pasaporte que pasaba de mano en mano como en esos dibujos animados que uno a otro se pasan una bomba que debe ser desactivada pero nadie sabe cómo. Finalmente se acercó una señorita de uniforme que hablaba en algo que ella creía que era español y señalando la hoja que se refiere al término de la validez del pasaporte le dijo al tío que estaba vencido.

- "No, no está vencido, mire" respondió con la paciencia más infinita mientras le mostraba que en una hoja posterior había varias renovaciones, con sellos y fechas. La señorita le miraba los labios como desentrañando algún significado oculto que no llegaba a comprender; tampoco entendió nada lo de la renovación. El tío, en una decisión magistral, empezó a hablar en inglés y le explicó lo de las renovaciones, el plazo en el que vencía la actual.

Parece que hablar en inglés fue la clave. Después lo confirmamos rotundamente y supongo que seguiremos en esta línea: uno es visto como con más respetabilidad si tiene algo que ver con lo inglés o, suponemos, con lo norteamericano. La oficial en un momento determinado, se rindió y entendió y procedió a traducirle a otro oficial, probablemente un superior, que miraba la escena como un árbitro de tenis, de la cara y la boca del tío, a la cara y la boca de la oficial, de la cara y la boca del tío, a la cara y la boca de la oficial. Cuando todo estuvo debidamente aclarado, la oficial entregó el documento, con una sonrisa que casi podía ser de disculpas y le dijo: "*Your family name is British, isn't it?"* (¿su apellido es inglés?), a lo que él respondió con un elíptico: "*It's a mix"* (es una mezcla). Ella asintió haciéndose cargo de las profundas implicancias, de la importancia sustancial del hecho y bajando pudorosamente los ojos, suspiró.

"It's a mix" había dicho el tío...., la oficial no se animó a preguntar mix de qué. Pregunta a ser respondida: ¿en Ucrania es mejor parecer inglés o yanqui que producir la sospecha de que se es polaco o alemán y/o, supongo, judío?

Y pasamos al otro lado. La cosa no fue sencilla acá tampoco. Tuvimos que esperar una media hora que trajeran las valijas de nuestro vuelo, que era el único que había llegado esa mañana. Resulta que primero tenían que despachar las del vuelo que estaba por salir (con el mismo avión en el que habíamos llegado). Había un solo empleado, una sola boca de salida

y no podía confundirse haciendo esas dos cosas complicadas al mismo tiempo. Eso sí, había tres tipos de uniforme, con galones y estrellas, que lo miraban circunspectos. Tuvimos que esperar que pasara una a una las valijas a través de un agujero en la pared, tras el cual había un tipo que las recibía y ponía en una camionetita. Recién después, cargaron las valijas que estaban al pié del avión y las trajeron y pasaron a su vez por el mismo agujero.

Una vez con las valijas en la mano, las chequearon con ese aparato que las radiografía, pero aún debíamos salvar el trámite de la aduana. En el avión nos habían dado formularios de declaración de aduana. Ya en Buenos Aires nos habían aconsejado que mejor no lleváramos nada de oro y que declaráramos la verdad en cuanto a valores, todo lo que tuviéramos, que era mejor así. No teníamos nada de oro, sólo dinero. Yo escribí 600 dólares sin estar segura, los tenía en un pañuelo pinchado a la bombacha y me dio fiaca ir al baño en el avión para ver justo cuánto era, pensé que más o menos, era eso lo que me quedaba. La jerarca de la aduana que miró nuestros papeles me pidió que le mostrara el dinero; le expliqué, en inglés por supuesto, lo de la bombacha, no importa, me dijo, pase por aquí y se dirigió a un cuartucho al cual me hizo pasar; allí saqué el atadito con el pañuelo rogando que fueran seis los billetes de cien, ni uno más, ni uno menos. Allí estaban. ¡Uf! Ya teníamos vía libre.

Bienvenidos a Ucrania.

Salimos al hall con nuestras valijas. ¿Nos estarían esperando? ¿Qué cara tendría Igor? De pronto pensé en la locura de lo que estábamos haciendo: habíamos contratado hotel, chofer y guía a través de Internet, a un tipo que no sabíamos quién era, ni siquiera si era serio, si había hecho lo convenido. Nos asomamos al hall y, tal cual nos lo había anticipado en el último e-mail, estaban nuestros nombres escritos en un papel pegado en lo alto de una columna, justo frente a nuestros ojos. Hacia allí fuimos. Se nos acercó un hombre joven, de no más de treinta años, vestido con piloto azul, anteojos de sol de esos que ocultan los ojos, maletín de ejecutivo y cara de ocuparse de temas de estado; a su lado, un muchacho más sencillo, vestido con jean, pullover y campera, con cara boCachona y que nos miraba con cierta intriga. El primero era Igor, uno de los socios de la agencia de viajes, y Jarek (la “j”se pronuncia “i”), el segundo, el chofer/guía de habla polaca que habíamos contratado. Nos saludamos, en inglés con Igor y en polaco con Jarek y los seguimos hacia el coche. Era un

coche de dos puertas, medio maltratado, no muy viejo pero bastante, como de los setentas... ¡la fierita, nuestro viejo Fiat, era un vehiculo de lujo al lado de eso!

Acomodaron con alguna dificultad las valijas y partimos. El coche andaba, eso era lo más importante. En el viaje mismo, Igor nos entregó la factura, muy apurado por cobrar (los 360 del hotel y los 360 del coche, o sea, 720$), supongo que preocupado porque no habíamos pagado seña ni nada y temiendo que por ahí lo colgáramos. Le dije que en el hotel le pagaríamos.

Una vez allí le pagamos y nos despedimos de él. Dijo que si necesitábamos mandar un e-mail a Buenos Aires que podíamos ir a su casa, que tenía la computadora allí y se fue. Era cerca del mediodía. Jarek, el chofer, nos preguntó qué íbamos a hacer. Se sorprendió cuando le dijimos que queríamos ir ese mismo día a Stryj. Combinamos que estaría a buscarnos en unas dos horas, a eso de las dos de la tarde.

Después de acomodar la ropa, de instalarnos y de almorzar, salimos al hall donde ya estaba Jarek esperándonos.

Jarek es un muchacho con aspecto bonachón, rubio de ojos claros, con un bigotito simpático y una sonrisa amable. Vestía pantalón y campera de jean; sobre el borde del cuello, tenía una cinta negra. Nos abrió ceremoniosamente la puerta y nos hizo pasar, yo fuí atrás y el tío se sentó a su lado. Había poca gente en las calles, era feriado; como resabio del comunismo, celebran el día del trabajo el primero y el dos de mayo. Para nosotros este 2 de mayo es un día especialmente significativo porque es el aniversario de la muerte de papá: era hoy cuando debíamos estar en su pueblo, conocer su casa, dejar quizás allí o en el río, la tablita con el nombre de Zenus y/o tal vez con el suyo; no teníamos un plan definido, tan sólo ver qué nos pasaba y de qué nos daban ganas; sólo sabíamos que queríamos estar allí hoy.

Mirando con extrañeza las calles adoquinadas, descuidadas, los coches viejos descascarados, los edificios con tanta perdida suntuosidad, nos fuimos alejando del centro. Vimos algunos monumentos, resabios del socialismo, de ésos colosales, grandiosos, de soldados con el pecho y la frente al frente, madres entregando hijos, héroes mirando hacia allá, hacia ese futuro paradisíaco que sólo ellos veían, porque estaban alto, ubicados en plazas hermosas con árboles frondosos y pastos que crecían solos y que nadie parecía cortar.

Salimos a la ruta. Pocos coches, no había micros ni buses ni camiones, tampoco

señalización pero sí muchos baches. Íbamos a través de enormes extensiones de campo, casi desiertos. Al poco tiempo nos percatamos de que no se veían alambrados. Nos acordamos de la canción de Viglieti. Veíamos campesinos trabajando la tierra con arados que arrastraban por sí mismos, sin caballos ni tractores, doblados en dos, metían las manos en la tierra con tan sólo una pala de ésas que los chicos usan para jugar con arena en la playa.

Empezamos a charlar con Jarek. Le preguntamos a qué se debía la cinta negra cosita en el cuello de su campera de jean. Dijo que hacía pocos meses había muerto su padre. Nos quedamos mudos ante la coincidencia de temas. Tal vez era el lugar y la circunstancia, tal vez nuestra historia y las características de nuestra familia, vaya uno a saber, pero tanto al tío como a mí nos resultan significativas las coincidencias, nos conmueven, nos parecen indicadores de algún orden misterioso que cada uno de nosotros intenta explicar de otra manera. Le preguntamos a Jarek de qué había muerto su papá, de qué trabajaba y esas cosas. Nos fue contestando pero como midiéndonos, como pisando inseguro a ver cuánto podía decir, hasta dónde. Reconocimos el olor de la paranoia. Le dijimos lo del aniversario de la muerte de nuestro padre, y se estableció un territorio de pena común. Le tiramos de la lengua y él se dejó. Contó que está casado, tiene una nena de 8 años, él tiene 27, es filólogo, por eso habla bien polaco pues se especializó en ese idioma, que enseña pero eso ni por asomo le alcanzaba para nada por eso el otro trabajo que hace como chofer, que su padre había trabajado toda su vida como administrador de una cooperativa agraria y que no pudo ahorrar el dinero necesario para pagar un entierro como la gente.

Se nos llenaron los ojos de lágrimas también a nosotros. El comentario tan dolido de la situación económica y nuestra simpatía en ese sentido, lo distendió un poco. Empezábamos a sospechar que estábamos del mismo lado. Le dijimos que íbamos a Stryj, el pueblo de nuestros padres y que queríamos estar allí en el aniversario de papá. No temimos decirle que éramos judíos, que durante la guerra habían matado a casi toda nuestra familia, que tal vez querríamos ir a un cementerio judío si quedaba alguno. Nos habló de la discriminación de que había sido objeto siempre porque su padre era ruso, que él debía ocultarlo y parecer lo más ucraniano posible para ser aceptado, que entendía nuestro cuidado, que estaba bien que nos cuidáramos.

Hablamos en polaco, Jarek y yo, yo le voy traduciendo al tío al castellano lo que dice

Jarek y a éste, al polaco, lo que dice el tío. Es muy cansador hacer de traductora; además del hecho de traducir en sí mismo, lo que me agota es el no encontrar las palabras en polaco, no me puedo expresar más que con una simpleza extremadamente rudimentaria, me enloquece de impotencia.

No podíamos leer los pocos carteles que se veían en la ruta pues estaban todos escritos en caracteres cirílicos y a cada rato le preguntaba a Jarek: "qué dice allí?". Después de insistir con cada cartel que veía, le pedí que nos avisara cuando viera la palabra "Stryj".

Cuando apareció el cartel, resulta que estaba escrito tanto en cirílico como en letras latinas.

No saben lo que fue ver escrita esa palabra en un cartel en la ruta. ¡Tantas veces la habíamos escuchado, tantas resonancias tenía para nosotros, tantas imágenes irían a ser develadas pronto...! Le pedimos que frenara y nos bajamos del coche emocionados, nos paramos al lado del cartel, lo miramos, sacamos nuestras cámaras, lo fotografiamos, nos fotografiamos, le pedimos a Jarek que nos fotografiara.., lagrimeamos , nos sentimos como el marinero de Colón que gritó “tierra”, nos abrazamos, teníamos la sensación de haber llegado por fin, luego de una ordalía de cincuenta años.

Todavía no sabíamos que nada es como uno lo supone, que no habíamos tocado “tierra”, que seguiríamos a la deriva y que terminaríamos el día muy frustrados.

Llevábamos un plano de la ciudad fotocopiado de un libro acerca de Stryj que tenía papá, un plano hecho de memoria por un sobreviviente; en él habíamos marcado los lugares de interés que queríamos conocer: la casa natal de papá, la de mamá, la escuela primaria, el cine, la cuadra donde estaba la casa en que se escondieron, la casa de cada uno de sus amigos, la escuela secundaria, la calle por donde se hacía la vuelta al perro los domingos; en el plano también estaba marcado lo que había sido el gueto, las sinagogas, la yeshivá, la cancha de fútbol, los dos cementerios judíos y distintas organizaciones comunales judías, todo ello escrito con caracteres hebreos, no así los nombres de las calles que estaban en letras latinas.

Estacionamos el coche sobre la vereda como suele hacerse por allí dado que las veredas son bien anchas y nos fuimos caminando, como entre sueños, a la búsqueda de los lugares. Los nombres de las calles estaban escritos en cirílico of course, de modo que nos sentíamos como en Japón, sin ningún punto de referencia. Jarek empezó a preguntar a la gente dónde quedaba Batorego, Kilinskiego o la calle Mickiewicka, esos nombres que tantos ecos nos evocaban o la que se veía como la principal en el plano. Pero los nombres habían cambiado, nadie las conocía, nadie sabía dónde quedaban, ahora se llamaban de otra manera.

Mirábamos todo con extrañamiento. Cuando pasábamos por una casa vieja, que suponíamos de antes de la guerra, la fotografiábamos con la esperanza de que alguna de ella fuera una de las buscadas.

Stryj no era una aldea de una calle, no es un schtetl, sino más bien una ciudad pequeña, con muchas calles y muchas casas, ninguna de más de dos pisos, pero en mayor cantidad de lo que nos habíamos imaginado. Dimos vueltas y vueltas. Volvimos al coche, recorrimos más calles y lo estacionamos en otro lado. Volvimos a deambular y a preguntar. La gente sólo habla ucraniano, de modo que quien hacía las preguntas era Jarek. También era él quien llevaba en sus manos el plano y se acercaba a la gente mayor, con la esperanza de que por lo menos los viejos recordaran la ubicación de alguna calle. Pero nadie recordaba nada. La memoria. El olvido. Nuestros temas. Algunos ponían cara de "ah sí! había una calle que se llamaba Batorego.... ¿dónde era que estaba?" fue lo más que pudimos conseguir. Jarek, con determinación y diligencia preguntaba, mostraba el plano, la gente lo miraba, lo tomaba en sus manos, lo giraba, miraba al norte, miraba al sur, ponía los ojos en blanco y... nada. La frustración nos iba penetrando. Las personas mayores a las que nos acercábamos era una más increíble que otra: bocas desdentadas, dientes de oro, pañuelos en las cabezas de las mujeres, como las babushkas de madera, olor a ajo y a transpiración rancios, pieles agrietadas que hacían adivinar duras condiciones, hablaban de pobreza, frío, malnutrición.

De pronto caí en la cuenta de que ¡¡¡¡en el plano había letras en hebreo!!!! El corazón me empezó a latir con rapidez, me quedé sin aire, me temblaban las piernas, alcancé a decírselo al tío a quien contagié la angustia. No sabíamos cómo hacer para que Jarek dejara de mostrar el dichoso plano a todo el mundo, cómo hacer para irnos de allí, escapar corriendo sin que se dieran cuenta de que éramos judíos, de que escapábamos y nos persiguieran.

Encima, todos parecían deseosos de ayudarnos, aburridos de no tener nada que hacer en ese día feriado. Nos sentíamos atrapados por un terror creciente, paralizados y resbalando en un pantano; no atinamos a hacer nada, seguíamos a los interesados como autómatas; algunos incluso nos acompañaron algunas cuadras diciendo "la calle tal es ésta", pero pasaba alguien que escuchaba y decía "no, te equivocás, es tres cuadras más allá" y así....No queríamos encontrar nada. Queríamos irnos, arrancarle a Jarek el dichoso plano que denunciaba nuestra condición, que nos haría ser acorralados, o algo peor, nos iban a quemar como sucedió en Kielce... pero no podíamos hacer nada, estábamos atados no sé por qué ni con qué, inútiles, estúpidos, incapaces de pensar, puro miedo. El colmo fue cuando a Jarek se le ocurrió ir a preguntar a la policía. Parecía no haberse dado cuenta de las letras en hebreo, tal vez no sabía que eso era hebreo, tal vez no le importaba, tal vez ya no era significativo... pero no lo sabíamos y no encontrábamos la manera de preguntarle. No puedo recordar cómo hicimos para quitarle el plano, pero no pudimos evitar ir con él a la policía. Íbamos atrás de él, vacíos, frustrados, me parece que ya ni con miedo. El día se estaba terminando, no habíamos encontrado nada, menos la casa de papá. La tablita estaba en la mochila, nuestro ánimo por el suelo.

La sede de la policía es una casa fea, vieja, que se viene abajo y con un olor a humedad y a pis que no puedo despegarme de la nariz. Nos atendió un policía de ésos de las películas baratas, con cara de bruto, borracho y animal. No queríamos hablar con él, no queríamos saber nada. Lo único que queríamos era salir de allí, volver a la calle, al aire libre, pero el solícito Jarek insistía en preguntar, desesperado, tal vez herido en su orgullo puesto que no conseguía que encontráramos nada de lo que habíamos ido a buscar. Después de que el animal del policía mascullara con desprecio que no sabía, que no tenía ni idea, que no se le ocurría dónde ni cómo podíamos buscar, conseguimos que Jarek desistiera. Volvimos al coche y fuimos a la estación de tren. La habían reconstruido hacia unos años, pero estaba en el mismo lugar que siempre. Nos sacamos fotos delante, atrás, en los

rieles, con la gente esperando volver a sus casas después del día feriado. De la calle de la estación partía en perpendicular una alameda, debía ser la calle por donde paseaban los domingos, la Mickiewicka, donde daban la vuelta al perro. Me saqué una foto también allí. Por lo menos algo.

Cansados, tristes, decidimos volver a Lwów.

A último momento, pensamos ir a ver el río, el caudaloso río de Stryj en el que se bañaban en el verano, donde los amigos de papá se hacían la rata en tardes aburridas de escuela, el lugar de las travesuras y la despreocupación; eso no podía haber cambiado, eso al menos debía estar igual. Nos pusimos en camino, no importaba el nombre de las calles, el río siempre estaría allí. La gente sabía por dónde se iba, nos indicaron el camino. Calles rotas, poceadas, yuyales, un acceso difícil. Casi no hablábamos, la última ilusión del día. Nos hacíamos en silencio las mismas preguntas: ¿Por dónde irán los chicos? ¿Cómo es que no hay una especie de acceso, una playa? ¿Es posible? Lo cierto es que no había ninguna entrada, un balneario, o no nos indicaron el camino por donde lo había. La última desilusión de esa primera visita al soñado Stryj nos esperaba allí: el otrora caudaloso río, el de los relatos de infancia, el escenario de las zambullidas en los veranos, era un hilo infame de agua entre bancos de arena lleno de porquerías, basura y piedras. ¡Era horrible! ¡No encontramos ni siquiera eso! Habíamos acariciado la idea de poner allí la maderita con el nombre, pero la desechamos sin titubear: no era allí, no era en ese río, no queríamos dejar nada nuestro en ese lugar, no era en esa ciudad hostil y sin nombre.

Con la cola entre las piernas, en un mutismo total, destruídos, hicimos el camino de regreso a Lwów, al, repentinamente familiar, amable y acogedor hotel, al hall conocido, a la habitación, al baño, al televisor con la CNN en inglés. No lloramos. Tampoco podíamos hacer eso. El dolor que sentíamos estaba más allá de las lágrimas, era seco.

"¿Para esto vinimos hasta acá?", "¡Cómo extraño al grupo!", "¿No nos podemos ir mañana?", "¿para qué pagamos los tres días?¡qué cagada!" fueron algunas de las frases que alcanzamos a decirnos ni bien nos quedamos solos, al cabo de un necesario silencio.

Nos tiramos en las camitas precarias, nos confesamos nuestras desilusiones, penas, impotencias, nos desahogamos y decidimos terminar el día (eso creíamos en ese momento) con la cena en el protegido restaurante del hotel. Pero antes debíamos hacer un llamado.

Resulta que unos días antes de salir de Buenos Aires, Nusia, una amiga de nuestros padres, me llamó y me dijo que se había enterado de que íbamos a Lwów de donde era oriunda ella misma, que estaba muy emocionada, que a ella también le gustaría ir y dijo que, a través de una organización judía le había llegado una carta en la que dos familias judías de Lwów solicitaban emigrar a la Argentina. Me dio los apellidos y los teléfonos y el mensaje de que no podía hacer nada por ellos, que la situación en Argentina estaba difícil, que mejor pensaran en emigrar a otro lado, que por qué no se iban a Israel que tenía una política inmigratoria bien estructurada. Le pregunté en qué idioma podía hablar con ellos y me dijo que creía que en español porque la carta estaba escrita en ese idioma por una tal Sra Susana de quien también me dio el número de teléfono. Decidí llamar a la tal Susana, más que nada porque hablaba en castellano; después de un día tan frustrante, no nos disgustaba la idea de conocer judíos de allí, estar con una familia, ver cómo viven, buscar alguna información... Marqué el número y se produjo el siguiente diálogo:

- Aló, voz de hombre.

- ¿Habla polaco?, digo en polaco.

- Sí, responde en polaco.

- ¿Está Susana?, digo en polaco (y todo seguirá en polaco)

- No, ¿quién habla?

- Ella no me conoce, vengo de la Argentina.

- ¿Quién le dio el número?

Le cuento, como me sale, a las patadas, lo de la carta. Me hago un lío bárbaro, no parece entender nada y me corta diciendo:

- Susana no está, está en la Argentina, usted ¿dónde está, en qué hotel?

- En el Grand Hotel, le digo sin pensar.

- Voy para allá.

- ¿Para qué? le pregunto aterrada ante la atónita mirada del tío que no entiende bien lo que pasa pero me ve la cara.

- Para llevarlos a conocer la ciudad.

- Pero.... si no nos conoce, ¡no! no venga, no hace falta, no llamábamos para eso, no se moleste.

- No es ninguna molestia, es mi deber.

- ¿Cómo es "su deber"?

- Susana me dijo que si venía un argentino yo debía hacerle conocer la ciudad que yo amo, que era mi deber, así que voy para allá.

- ¡Espere, ahora no, espere un minuto! Y le cuento al tío resumidamente lo que pasa y que ya le había dicho el hotel donde estábamos y que el plomo se estaba viniendo para acá, que qué le decía; quedamos en que lo citara en el hall a las siete y media.

Corté y estallamos en una carcajada. Era cosa de locos, todo lo que nos había pasado era irreal, diferente, seguía otros parámetros, todo era nuevo, había otras reglas de juego. La salida de Varsovia, el ingreso a Ucrania, la recepción de Igor disfrazado de KGB, el viaje a Stryj, este tipo que venía desesperado a mostrarnos la ciudad...

Hablamos del cuidado, de temores, las preguntas : ¿a qué vendrá?, ¿qué quiere de nosotros?, “en fin, veremos, total, no tenemos nada mejor que hacer”.

Roman, el tierno Roman

A la hora marcada bajamos y lo vimos entrar. No dudamos de que se trataba de él. Él tampoco dudó de que nosotros éramos quienes lo esperábamos. Un hombre alto, flaco, entrecano, con una barbita, pantalón negro, campera de cuero negra, andar desgarbado, ojos agudos. Me hacía acordar a alguien y no pude en ese momento precisar a quién. De pronto lo saqué: era muy parecido al marido de Antoinette, Cacho. Fueron diez pasos los que había entre la escalera y su mano tendida. Y se me había aparecido Cacho. Cacho y su habilidad manual Cacho y su picardía. Cacho y los discos de la guerra civil española. Cacho y los eternos arreglos de la casa. Cacho y sus sueños que nunca fueron. Cacho murió desangrado cruzando el Atlántico. En eso pensé mientras caminaba los diez pasos al cabo de los cuales estaba la mano tendida de Roman y su sonrisa. Pensaba en la muerte de Cacho, dentro del avión, en esa hemorragia que nadie pudo parar, en la ambulancia que lo esperaba, innecesaria, a la llegada del avión a Madrid, en la desesperación de los compañeros de viaje. Roman tenía su misma mirada, aguda, pícara, ligeramente nublada. Le di la mano y me la tomó estilo noble eslavo y se la llevó a los labios... Me lo tomé en broma e hice a mi vez una reverencia. Nos reímos. Fue un buen comienzo. Me gustaba Cacho. Pero lo empecé a olvidar y siguió la conversación. Nos hablábamos en polaco (igual que con Jarek) y yo ¡uf! traducía.

- “Me llamo Roman” dijo. Todavía extrañado volvió a preguntar quiénes éramos y cómo habíamos conseguido su teléfono. Volví a contarle la historia de la carta que había escrito su mujer, la tal Susana. Esta vez entendió. Nos contó que las dos familias por las que ella había escrito ya habían emigrado, una a Israel y la otra no sabía a dónde, creía que a Canadá. Nos contó que Susana y sus dos hijos, Alecsandra y Roman, estaban en la Argentina con la intención de quedarse y que él estaba haciendo las últimas cosas para irse también, que era músico, tocaba flauta traversa en la Filarmónica de Lviv. Preguntó si sabíamos cómo estaba la situación en Buenos Aires para un músico como él, si iba a conseguir trabajo. Nos dijo, además, que era amigo de Alberto Lisy (nada menos) que si lo conocíamos, que el profesor Lisy cuando venía a dar conciertos a Lviv paraba en casa de ellos, que le había prometido conseguirle algo. Y ahí nomas se levantó y nos dijo que saliéramos antes de que se hiciera de noche, que teníamos pocos días, que no podíamos irnos sin conocer bien la ciudad.

Buscamos nuestros abrigos y salimos. Cansados (nos habíamos levantado a las cinco de la mañana en Varsovia para tomar el avión, habíamos hecho el frustrante viaje a Stryj del que habíamos vuelto con ganas de meternos en la cómoda y segura camita del hotel), pero no pudimos resistirnos a su entusiasmo y buena voluntad. Roman nació en Lviv, ama su ciudad, se ve que la caminó y la recorrió infinidad de veces, conoce cada rincón, cada historia y nos llevó por calles y callejuelas, nos mostró casas, edificios, iglesias, monumentos, nos habló de estilos arquitectónicos, de rumores, de chimentos, con una pasión que, por momentos, vencía nuestro cansancio. Repetía una y otra vez que Susana le había instruido que toda vez que viniera un argentino debía hacer eso. Tenía una cierta impaciencia en el andar debida a que la luz estaba por desaparecer y nos íbamos a perder de ver esto o aquello. Nos llevó a ver los restos de una sinagoga. Sólo quedaban escombros y un bronce en una pared derruida. Nos dijo que no quedaron prácticamente sinagogas ni iglesias; las primeras porque no había casi judíos y las segundas porque tampoco había católicos ya que los polacos se volvieron a Polonia cuando esa zona pasó a ser la URSS, y las iglesias católicas apostólicas eran polacas; lo único que había era "zerkas" que así se llaman las iglesias católicas de culto ucraniano-ruso.

Son como las iglesias ortodoxas rusas, con esas cúpulas tan atractivas; lo que las caracteriza sin embargo es que la cruz que tienen arriba de todo está sobre una medialuna, lo

que simboliza el triunfo del cristianismo sobre la fe musulmana. Los pastores se pueden casar. Los interiores de esas iglesias son espectaculares pero sin asientos, la misa es con todo el mundo de pie. Entramos en varias que, puesto que era feriado, se veían muy concurridas. En una de ellas, una especie de catedral espectacular, había un concierto de cuerdas. Nos dijo que el primer violín había estudiado con Lisy en su escuela de Ginebra. Se veía que Roman conocía a todos en el ambiente musical. Nos llamó la atención que, siendo el concierto gratuito, no hubiera mucha gente. Dijo que el deterioro de Ucrania no era sólo económico, también cultural y de otros órdenes pero que mejor no habláramos allí, mirando con el rabillo del ojo a uno y otro lado. Este diálogo se repitió varias veces. Cuando le contamos de nuestra frustrada experiencia en el viaje a Stryj, dijo que él nos llevaría y que sería todo diferente. Le dijimos que ya teníamos contratado un coche con conductor, que ya estaba pagado, que mejor se viniera con nosotros.

- "De ninguna manera", respondió, "prefiero que vayamos en mi coche, así podremos hablar con toda libertad".

No hubo manera de disuadirlo. Quedamos que dos días después iríamos con él a Stryj.

Nos llevó a lo que había sido el gueto en Lwów, es decir, al antiguo lugar porque del gueto no quedaba nada, tan sólo una especie de plazoleta con un monumento de morondanga.

No podíamos más, queríamos sentarnos, descansar, comer e irnos a dormir, ya no veíamos nada, no podíamos escuchar más nada. Yo, encima, tenía la obligación de ir traduciendo cosas que el tío ya no quería escuchar....

Al final convencimos a Roman de que estábamos exhaustos y nos volvimos al hotel. Lo invitamos a cenar. Dijo que no, que no podía.... le pregunté por qué, que qué tenía que hacer, dijo que nada; ¿entonces qué pasa?, le pregunté y me dijo: "no queda bien", como si se fuera a aprovechar de nosotros. Le dije que se dejara de hinchar, que teníamos hambre y que viniera a comer al restaurante con nosotros, que no se preocupara, que para nosotros no era mucho dinero.

Aceptó pero pidió lo mismo que nosotros, no fuera a ser que nos hiciera gastar mucho. Claro, para él, los precios de la lista eran astronómicos.

Roman nos contó en la cena que Susana trabajaba en una escuela que se llamaba

República Argentina, que enseñaba castellano y que estaba relacionada con la gente de la embajada argentina. Que ella había nacido en Buenos Aires, pero que sus padres habían decidido volver cuando la Unión Soviética se hizo cargo del país, que eran comunistas reconocidos. Ambos ya están muertos y, debido a la situación tan poco prometedora, Susana decidió volver a la Argentina. También nos contó acerca de Gitano, su perro ovejero alemán, su gran problema, ¿qué iría a hacer con él?, ¿dejarlo? ¿llevarlo a la Argentina? Dijo que le había escrito a Susana y que no había recibido respuesta, que eso lo tenía muy preocupado.

Nos despedimos y nos fuimos a nuestra habitación. No queríamos hablar una palabra más. Nos sentamos en el sillón, prendimos la tele y nos refugiamos un ratito en el noticiero de la CNN, sin escuchar nada, descansando en el idioma inglés, en las caras conocidas, en ese mundo que, de pronto, parecía tan lejano.

Después nos pusimos a hacer zapping y lo que vimos no lo podíamos creer: una telenovela de origen latinoamericano, probablemente venezolana, doblada al ruso, pero sin que se borrara el español, o sea que se escuchaban los dos idiomas con un ligero destiempo que hacía la cosa inverosímilmente cómica. Los personajes se llamaban María y Jesús, de modo que ¡imaginen lo que era escuchar la frase en ruso seguida por el "Jesús" un instante después de haberla escuchado en castellano! El teleteatro era de cuarta pero nos quedamos un rato encandilados con ese absurdo de los idiomas, de esa otra irrealidad de encontrarnos en un hotel de Ucrania, en Lwów, agotados luego de un día muy intenso, viendo un culebrón centroamericano, con paisajes tropicales, ropas ligeras y coloridas, playas y cielos crepusculares, en esa habitación, a esa hora, y con los diálogos en un español caribeño seguidos de palabras ininteligibles en ruso.

Decidimos que mañana vamos a ir a Drohobycz (ciudad donde vivieron nuestros padres cuando se casaron y donde papá dirigió la fábrica para los rusos, *se pronuncia DROJOBECH*) y también a Boryslaw (*se pronuncia BORESLAF*), ciudad de donde venía nuestro abuelo Adolf, el papá de papá, para ver si encontrábamos en algún cementerio judío lápidas con nuestro apellido.

Ya no nos interesa ir a Tarnopol. A Tarnopol íbamos a ir en principio para investigar algo respecto de Zenus, porque mamá me había contado que la señora que lo llevó era de allí y que, cuando terminó la guerra, fue a esa ciudad a buscarlo; no supo o no quiso decirme el

apellido, y nosotros habíamos pensado ir igual, buscar en cementerios católicos los registros de los entierros del año 1944 donde hubiera un chiquito de cuatro o cinco años que se llamara Roman o Zenus, en la suposición de que le hubieran mantenido el nombre. Yo me había contactado desde Buenos Aires, también por correo electrónico como con Igor, con un procurador de Tarnopol que nos podría ayudar. Era una empresa descabellada pero así la habíamos pensado antes de saber lo que pensaríamos en este momento: que ya no es necesario.

Luego de lo sucedido en Birkenau, es decir, luego de haberle dado un nombre y un lugar, de pronto, nuestro plan, parece vacío de sentido.

Coincidimos en que no vale la pena todo ese esfuerzo al cuete para encontrar algo que ya no queremos encontrar. No tiene sentido otra cosa. Lo terminamos de hablar hace un rato, afortunadamente, en total acuerdo y armamos nuestro plan para mañana: Drohobycz y Boryslaw.

3 de mayo.

Bueno. Ya de regreso “a casa”, a nuestra habitación, a nuestros objetos, a nuestro idioma.

Acabamos de cenar en el restaurant del hotel con Roman. Nos contó de su futura emigración a Argentina y de las cuitas de Gitano, su ovejero, de lo importante que es para él, de cómo va a hacer para llevarlo, de cómo va a ser para dejarlo..... Entendimos que al hablar de Gitano habla de sí mismo, cómo hará para vivir en Buenos Aires, a los cincuenta y pico de años, sin conocer el idioma, ¿cómo iría a ser? ¿Cómo habrían sido estas mismas preguntas para nuestros padres, allá en 1946, 1947, cuando vieron que la única salida era emigrar a Sudamérica? ¡Qué difícil se nos hace ponernos en ese lugar en aquél momento! ¡Qué difícil!

Hablamos del viaje a Stryj del día siguiente, le dijimos que mejor íbamos con nuestro coche, que lo teníamos pagado, que para qué usar el de él; él insistía en que tenía que ser así, que quiere poder hablar con liberad, que no sabe quién es ese chofer, que de ninguna manera, que el nos vendría a buscar y que ya estaba. Así quedamos.

Nos acabamos de quedar solos, el tío y yo. Siento el enorme placer de hablar en castellano, de escribir en castellano, de no tener que traducir, de no tener que hacer el titánico esfuerzo de pensar cómo se dice cada cosa que quiero decir. Siento en mi carne el duro esfuerzo que debe haber sido para los inmigrantes, los refugiados, los sobrevivientes, este re-aprendizaje de idiomas, la nueva manera de ver y llamar a las cosas, la renuncia a las palabras que habían constituido su mundo anterior.

Bueno. Antes de dormirme -no sé si podré, estoy totalmente desvelada- me pongo a registrar lo que pasó para no olvidarme.

Salimos a la mañana rumbo a Drohobycz por el mismo camino de salida que el que tomamos ayer hacia Stryj. Queda cerca, unos kilómetros más hacia el oeste. En casa se hablaba mucho de esta ciudad, por un lado porque era un lugar más importante que Stryj y por el otro, porque allí habían ido a vivir mamá y papá cuando se casaron, o sea desde 1937 hasta 1941. Allí nació Zenus en 1939 y recién cuando se produjo la ocupación alemana, se tuvieron que esconder en Stryj. Allí papá había tenido primero su taller y negocio y luego la dirección de la fábrica de cepillos o palos de cepillos durante la ocupación rusa. Habían elegido esa ciudad para vivir porque en Stryj ya había una mueblería del hermano de papá, el

famoso tío León, y papá no podía hacerle competencia en el mismo lugar.

Miramos la ruta con otros ojos. Ya no era feriado y se veía otro movimiento: camiones principalmente y algunos coches particulares, todos viejos, descuidados. Los campos se veían igual que el día anterior, seguían sin
aparecer los tractores. Los campesinos parecían viejos y cansados. Jarek nos contó que la pasaban muy mal, que estaban empleados en las cooperativas agrarias, que la propiedad continuaba siendo comunal y que los malparaban, no les daban elementos. Se explayó un poco más al ver nuestra actitud abierta, habló con acritud acerca de la depredación económica y cultural que hicieron los rusos, de las mafias, la corrupción, la vergüenza.

Yo seguía desesperada por no entender los carteles, no quería hincharlo preguntándole a cada rato. Jarek no llegó a darse cuenta de que yo quería que me tradujera todo. Tampoco se lo pedí.

Llegamos a Drohobycz. Nada que ver con Stryj con su imagen gris y su frustrante bienvenida. Se veían casas muy lindas, cuidadas, jardincitos, colores y, especialmente, muchos jóvenes. La gente estaba bien vestida, arreglada. Había mucha vida por las calles. Caminamos un poco a la ventura, disfrutando de esta otra escena, tanto más amable que la del día anterior.

El amigo de Hesio que habíamos visitado en Varsovia nos había mencionado a un tal Alfred Schreier, “búsquenlo, tiene información acerca del lugar y de los judíos de allí, es toda una autoridad cultural, bastante famoso, lo vimos en un reportaje en la televisión, se dedicó a honrar la memoria de Schultz, ¿no lo conocen? Es un poeta, varias veces lo entrevistaron por la televisión polaca, y de otras partes del mundo también”. No conocíamos a nadie en la ciudad, no teníamos ninguna dirección que buscar, decidimos entonces preguntar por el tal Schreier.

Abordamos a una mujer que nos cayó bien y le preguntamos si lo conocía. "Claro!" dijo con una sonrisa y, cuando le preguntamos si conocía su dirección, dijo “yo los llevo”. Y eso hizo. No lo podíamos creer. Se sentía orgullosa de la misión, nos iba a llevar a la casa del notable de la ciudad. Pensé que era como si uno en Santos Lugares le preguntara a cualquiera si conoce la dirección de Sábato. Fuimos los tres tras ella. La ciudad ciertamente era mucho mas linda que Lwów y que Stryj. Nuestra primera impresión se vio confirmada.

Entramos en un edificio de tres pisos, subimos las escaleras correspondientes (no recuerdo si uno o dos pisos). La señora amable tocó el timbre y se asomó un señor de unos setenta. Era él, Schreier. La señora se dirigió a él muy respetuosamente y le explicó quiénes éramos, nos presentó, se despidió y Schreier, sin más trámite, nos hizo pasar a su casa.

Llena de objetos, alfombras, carpetas, sillones, cosas colgando, adornos, fotos, libros, muchísimos libros, un piano. Nos dejó un instante en la sala mientras doblaba una tabla de planchar, la llevaba a otro lugar y volvía con el saco del traje puesto, acomodándose la corbata.

Nos preguntó acerca de nuestro viaje y le contamos. Se entregó a un diálogo abierto y franco, acostumbrado evidentemente a entrevistas. Hombre inteligente, sensible que, respondiendo a nuestras preguntas, nos contó su historia; de cómo se salvó merced a esconderse, a falsos documentos, sus idas y vueltas, las pérdidas. Le preguntamos cuántos judíos habían vuelto a Drohobycz, dijo que siete, sólo volvieron siete de los habitantes judíos originales.

"¿Por qué volvió?" se atrevió a preguntar el tío.

Nos contó que el final de la guerra lo agarró en Berlín donde fue liberado por los americanos. Tenía veinte años. No sabía qué hacer con su vida ni dónde ir. No le quedaba nadie vivo de su familia. Pensó en emigrar, incluso dijo haber pensado en ir a la Argentina donde tenía una tía. Debía ir a un lager, a un campo de desplazados, le dijeron, y esperar allí a que sus documentos estuvieran en regla, que cupiera en el cupo o no sé qué. Dijo que fue donde le habían indicado pero que cuando llegó al lager, era uno de los campos de concentración y que no podía quedarse allí, que eso no era para él, que ya no lo soportaba más. No tenía a dónde ir, no le quedaba nadie vivo conocido en el mundo, pensó que mejor se volvía a su lugar, que mejor se quedaba donde conocía y así se volvió a Drohobycz.

Dijo todo esto con un tono de emoción contenida que, al final se desbordó y todos lloramos, también Jarek, quien tal vez escuchaba una historia así por primera vez en su vida. Schreier nos habló de sus dudas, incertidumbres, idas y vueltas, de por qué se quedó todos estos años, de por qué no se iba. Nos contó que era violinista y director del coro de la ciudad. Toma parte activa en muchas de las actividades culturales y su intento es trabajar en la amalgamación de las tres culturas que han convergido en la zona: la judía, la polaca y la

ucraniana, que para ello se entregó a hacer conocer la vida y la obra de Schultz de quién es discípulo, que le habían hecho varias entrevistas y agregó con orgullo pueril, que había salido en varios canales de televisión de Polonia, Rusia y Alemania. Nos pidió que averiguáramos algo de familiares suyos que habían emigrado a Buenos Aires en los años treinta. Una tía materna y unos primos del lado de su familia paterna, es decir, Schreier, de los que sólo sabía el nombre: Buby y Sarita. Le prometimos hacer lo posible.

Con respecto a nuestra búsqueda, nos aconsejó que preguntáramos en el Museo de Stryj, que allí guardaban mucha información de antes de la guerra, que sabrían a qué nombres actuales corresponderían las calles de antes de la guerra.

Salimos a la soleada calle, sacamos fotos, recorrimos el Rynek, es decir, la Plaza Mayor a cuya vera decía mamá que estaba el negocio de papá y volvimos a sentir el extrañamiento de ese idioma que no podíamos leer.

Entramos en un bodegón a comer. Se nos veían los dólares por nuestras ropas y el modo de caminar y mirar. Nos atendieron a cuerpo de rey, servidos por una mujer regordeta, con un pañuelo florido en la cabeza, ojos celestes y manos inquietas. Comimos un guiso delicioso y pagamos por los tres menos de dos dólares. El dueño del bodegón, gordo, rubicundo y con un fuerte olor a vodka, hizo la suma en un enorme ábaco de madera.

“¿Dónde vamos?” preguntó Jarek, desperezándose en la puerta del bodegón.

"A Boryslaw", dijimos a coro. Nuestro abuelo paterno, Adolf , había nacido allí. Provenía de una familia muy numerosa que se había quedado en el lugar. ¿Qué buscábamos? El cementerio judío, alguna lápida o placa o algo con nuestro apellido. Pensábamos que como la muerte de los padres y abuelos de nuestro abuelo había sido antes de la primera guerra, probablemente, quedarían sus tumbas si aún existía el cementerio. Buscábamos nuestro nombre, algún testimonio de nuestro pasado, algo que hablara de esa historia que desconocíamos, alguna luz en ese precipicio oscuro y sin fondo que era el ayer familiar.

Boryslaw quedaba cerca, unos diez minutos. Había torres de petróleo, se veía una ciudad próspera, importante, ubicada en un valle a los pies de los Cárpatos.

Anduvimos en el auto sin rumbo fijo, creo que no llegamos a entrar a la ciudad cuando el tío gritó:

- "¡Mirá! ¡allá!" señalando para atrás, "¡una estrella de David!".

Jarek hizo la medio mundo en la calle y volvimos al lugar que había visto. Al costado de la calle encontramos un mármol de granito negro, una lápida en la que decía en inglés, idish y ucraniano:

Acá estaba el cementerio de los judíos de Boryslaw.

Que Dios bendiga sus nombres.

Y eso era todo.

Nos quedamos mudos, paralizados, estuporizados.

¿Eso era todo lo que quedaba?

¿Una piedra que decía que acá había estado el cementerio?

¿Dónde estaban las tumbas?

¿y las lápidas?

¿y nuestros antepasados?

¿y nuestros nombres?

Sobre la tierra había margaritas silvestres.

Me puse en cuclillas y pasé las palmas de mis manos suavemente sobre sus corazones amarillos mientras pensaba en las caras que no podía evocar, los nombres que no podía conocer de los que habían sido nuestros antepasados.

Lo único que quedaba de su carne y su sangre eran esas margaritas, nutridas en esa tierra, de la que formaban parte los nuestros, donde habían sido enterrados. Tuve una idea loca. Pensé, que, tal vez en dosis homeopáticas, algo de nuestra savia todavía vivía en cada

una de las margaritas, algo de la energía, algo de la vitalidad, ADN, yo qué sé, algo.

Elegí cuidadosamente cinco, una por cada uno de ustedes y las corté y guardé. Se las mostré al tío. “Es todo lo que tenemos” le dije, “es lo que queda” y nos abrazamos y nos besamos parados sobre lo que había sido el cementerio judío de Boryslaw, sobre las caras y los nombres de los que habían sido y que nunca podremos saber.

Decidimos volver a Lwów. Ayer quedamos con Roman que iríamos mañana a Stryj con él. No le dijimos nada a Jarek, decidimos que nos venga a buscar igual y que, si viene Roman con su auto, le diremos que tiene el día libre.

Subimos a nuestro cuarto y después de descansar un ratito, nos vino a buscar Roman. Nos llevó a otro paseo por su querida ciudad. Esta vez, la cosa fue judía. Nos llevó a una ex-sinagoga que es ahora un centro cultural y de beneficencia judío para los pocos miles de judíos que viven en Lwów. No pudimos hablar con la gente de allí pues sólo hablaban en ucraniano. Estaban muy sorprendidos de que fuéramos argentinos, nos miraban como bicho raro, extrañadísimos. Sacamos fotos. Nos pidieron que les saquemos una !?! cosa que hicimos. ¿Para qué quisieron una foto? ¿Qué representábamos para ellos? ¿Qué trascendencia teníamos? ¿O era tan solo por el placer de sacarse o tener una foto? No lo pudimos entender.

Después fuimos a la única sinagoga en actividad. Entramos y nos encontramos con una chica norteamericana que trabaja como maestra allí. Fue un oasis hablar inglés. Había otros chicos, llevaban kipot. Nos contaron que hay una yeshivá, que tiene unos pocos alumnos, menos de diez, que están sostenidos por la comunidad judía de Canadá y por el Joint, que tienen jardín de infantes y primaria, que se acerca mucha gente, que hay muchos hijos de matrimonios mixtos, que el problema se presenta cuando la madre no es judía porque los hijos no son tomados como judíos, que hay muchos pedidos al rabinato para que sean aceptados como judíos esos chicos.

Otra vez la agridulce sensación de la reivindicación con alguito así de vengancita: el ser judío es ventajoso, deseado, requerido. El tema no parecía pasar tanto por el súbito deseo de dar una educación judía a los chicos, sino por cosas más concretas como la comida, la educación en sí misma y, fundamentalmente, por la posibilidad de emigrar Israel o a USA o a Canadá. Otra vez, como en el teatro popular judío de Varsovia, sentimos la amarga venganza del tiempo, ahora se quiere ser judío en Ucrania. ¡Vaya!

Una cosa que nos impresionó mucho fue que en la sinagoga hay murales en las paredes con dibujos representando distintas escenas bíblicas y símbolos judíos y, vimos agujeros en algunos lugares. Nos contaron que los alemanes usaban los dibujos con tiro al blanco, especialmente la estrella de David. Vimos que, efectivamente, cada una de sus puntas está agujereada. Es muy impresionante. Parece mentira. La visión de esa estrella ultrajada, un dibujo en una pared, tiene un peso simbólico muy intenso, resume todo y lo condensa de modo magistral. Otra vez lo que ya me había sucedido en Treblinka, donde sólo quedaban símbolos; lo simbólico habla con más elocuencia que lo real, propone una conversación en la que puedo entrar, puedo sentir dolor por cada uno de los agujeros de balas en cada una de las puntas de la estrella.

Seguimos el paseo. Roman nos lleva a la Opera, al Colón de allá. Se trata de un edificio hermoso que supo de lujos y placeres. Roman entró como pancho por su casa, la jugaba de local (remember que era flautista de la filarmónica, ¿no?), entramos a la sala donde había una representación, una espantosa opereta, mal ensayada, peor interpretada.... Nos quedamos unos diez minutos, sólo para ver.

Y ya está por hoy. No se pueden quejar. El tío duerme hace como una hora. Voy a apagar la luz y hacer lo propio.

4 de mayo

Son como las once de la noche. Me va a tomar más de dos horas escribir todo lo que pasó hoy. Venimos de cenar con Roman en el restaurant del hotel. Antes estuvimos en su casa al regreso de Strij. Nos había invitado a tomar un café
“no esa porquería que toman en el hotel" dijo. Aceptamos con gusto pero a condición de llenar antes el tanque de nafta, a lo que él se oponía con orgullo. Lo chantajeamos: si no nos dejás llenar el tanque, no vamos a tu casa. Aceptó. Me parece que nos costó unos 3 dólares llenarlo.

La casa está sobre una calle con una subida, frente a un hermoso parque, el parque Stryj, la calle es la Stryjska (la que va a Stryj) pa'que vean las misteriosas redes en las que a veces estamos parados. Nos recibió Gitano, su ovejero alemán, alegre, cariñoso y muchísimo mejor educado que el nuestro. Una casa grande, llena de habitaciones, se ve que era gente acomodada. El mismo abigarramiento que habíamos encontrado en las otras casas visitadas, los mismos muebles cada uno de cada tipo y estilo, encima todo desordenado porque hace un tiempo que está solo y preparando su emigración a la Argentina.

Nos sentamos en la mesa de la cocina mientras Roman preparaba café a la turca. Nos mostró el mate y la bombilla y el paquete de Taragüí mientras nos contó de sus dudas, temores, incertezas respecto a la ida a Argentina. Un hombre de más de cincuenta, flautista, ¿qué puede a hacer? Tiene la ilusion de que Alberto Lisy le consiga algo, pero estaba el idioma, las costumbres, la ciudad... él es de Lwów, se la conoce de memoria, cada calle, cada casa le habla, tienen una historia para él, ¿adónde se va?, ¿qué está por hacer? No lo alentamos mucho, por cierto.

El café estaba muy rico. Le pedimos otro que hizo con gusto. Nos mostró fotos de Susana (una rubia muy bonita) y de sus dos hijos, la mayor dentista y el menor un jovencito que anduvo metido en problemas con una pandilla de la mafia que robaba autos... que por eso lo habían mandado a la Argentina, que en Ucrania no había otro futuro que dedicarse a robar.

Volvió después a los lamentos por tener que emigrar. Decía con los ojos húmedos en inglés, para que el tío entendiera, "I was born here" y se ponía de pie y nos daba la espalda para evitar que lo viéramos llorar.

Me hizo pensar en mamá y papá, en los momentos en que tomaron la decisión de

emigrar, en las incertidumbres, las dudas, los temores; la travesía, la llegada, el idioma, las costumbres, los nuevos olores... la certeza de que lo que quedaba atrás estaba atrás para siempre, debían olvidar, volver a empezar... Claro, ellos no tenían dónde volver, no había caminos posibles atrás. Para Roman es un poco más facil: cualquier cosa que no resultara en la Argentina, podía volver a su amada Lwów.

Pero mejor me atengo a transcribir lo que pasó, que es bastante y me dejo de tantas filosofías.

Despertamos con el relato de tres sueños que tuvo el tío. En uno tenía un hijo con una mujer francesa, joven; en el otro tenía un hijo con Isabel y en el último, se veía diciéndole a Esteban que se tenía que mudar a la pieza de Bibi porque estaba por nacer su próximo hermano. El tío pensó que se repetía el tema de los hijos, de la paternidad, de los lugares, “se trata de la trascendencia, del apellido, padres, hijos, abuelos, de la estirpe, ¿entendés?” dijo mientras se afeitaba. Fue un buen prólogo del día.

Nos estaban esperando, después del desayuno, Jarek y Roman, que se medían con desconfianza. Le dijimos a Roman que nos íbamos con él, y le preguntamos si estaba seguro de no querer usar el coche que teníamos alquilado, dijo que no, que prefería que fuéramos los tres solos, que se sentiría mejor.

Nos acercamos a Jarek y le dijimos que nos íbamos con Roman, que tenía el día libre y que nos pasara a buscar a la mañana siguiente para llevarnos al aeropuerto. No se quedó muy contento, pero, nosotros éramos los clientes.

Salimos del hotel y, cuando estaba por subir al auto de Roman, me llamó Jarek. Volví sobre mis pasos hacia donde él estaba y me preguntó con alarma: "¿Están seguros de quién es ese hombre?", le dije que sí, que no se preocupara y que gracias y volví al coche de Roman, haciéndome la valiente pero llevando encendidas todas las luces rojas y las sirenas de alarma de la paranoia ucraniana de los que roban/golpean/matan turistas; tenía el fax que Bela me había mandado de Viena delante de mis ojos con su alerta: “hubieron casos de turistas desaparecidos”.

Una vez en camino, le conté al tío acerca de la advertencia de Jarek; la desestimó completamente. Sola, rumié en silencio las fantasías más disparatadas y atormentadoras. En realidad, me pregunté: ¿quién es este tipo? Él dice que es el marido de Susana; por otra parte,

¿quién es Susana? de últimas, tan sólo fue quien escribió una carta, eso no la califica de ninguna manera, no dice nada acerca de ella... ¿Y si ni siquiera es el marido, si es un tipo cualquiera que estaba en el departamento cuando llamé por teléfono, un oportunista que se inventó todo? ¿A dónde nos llevaba? ¿Por qué la insistencia en que estuviéramos solos? Con lo que cuesta la nafta ¿por qué prefiere ir con su auto? ¿qué ventaja espera conseguir? ¿Qué vamos a hacer cuando salgamos de los límites de la ciudad, en pleno campo, si éste nos lleva a algún lado dónde lo esperan sus secuaces y nos desvalijan?.... Menos mal que el tío había dejado toda su plata adentro de la valija (cosa por la que lo reprendí a la mañana) y que también quedaron en el hotel nuestros pasaportes y pasajes. Suspiré en silencio, al menos eso no nos lo iban a poder sacar...

En el medio de la persecuta me acordé que no habíamos llamado al consulado argentino comunicando nuestra presencia, nadie sabía que estábamos allí...

Por supuesto que no pasó nada, pero el haberle dado crédito a las sospechas forma parte del clima paranoico que vivimos.

Lloviznaba.

Era de buen augurio. Todas las veces que había llovido o lloviznado en el viaje, habían pasado cosas buenas. Ante tanto miedo disparatado, había que protegerse con la magia, ¿no es cierto?

Le preguntamos a Roman, qué era lo que tanto nos quería decir para lo cual era imprescindible estar solos. Dijo que nada en especial, tan sólo, que mejor cuidarse todo lo posible ante quién se hablaba, que él no sabía quién era el chofer, que ante él no habría abierto la boca. Mi paranoia no era tan descabellada al fin y al cabo. Tanto Jarek como Roman la había exhibido profusamente. ¡Pucha!

Llegamos a Stryj. Esta vez no nos desilusionamos porque estábamos muy poco ilusionados. Esta vez, la ciudad nos pareció un poco más linda, había gente por las calles, gente que vivía allí, que trabajaba, claro, no era un feriado como antesdeayer, había cierto tranquilo bullicio, otras caras, más abiertas.

Esta vez no anduvimos exhibiendo el mapa con palabras en idish.

Fuimos directamente al Museo.

Era una casita en una esquina. Adentro estaba todo oscuro porque había corte de luz.

Nos hicieron pasar a una salita mientras Roman entraba para ver si alguien nos podía ayudar. Como Roman tardaba, nos metimos por las salas del Museo; en realidad, se trataba de antiguas habitaciones de una casa, en las que había animalitos embalsamados, objetos, fotos, documentos; una especie de laberinto con olor a encierro secular. La última habitación era la de la dirección; allí estaba Roman con una mujer rubia, rolliza, cachetuda y sonriente, de unos cuarenta y pico, que miraba absorta la lista de nombres de calles que le mostraba y la comparaba con un cuaderno que tenía, sacaba papeles de estantes y miraba, buscaba y, de vez en cuando, ambos -Roman y ella- expresaban su júbilo: habían encontrado algo. Resulta que en el 44, cuando los rusos ocuparon la ciudad, cambiaron todos los nombres polacos de las calles y pusieron nombres rusos; cambiaron también algunas numeraciones. En el 91, cuando la independencia de los rusos, los ucranianos volvieron a cambiar todo, o sea que había que buscar listas y listas y constatar y cruzar los datos para saber a ciencia cierta dónde estaba hoy tal calle a tal altura. La señora, que era, creo, la directora del Museo cuyo nombre era Roma, se entusiasmó y decidió acompañarnos en nuestra búsqueda

. ¡Salimos entonces del Museo en comitiva, con Roman y Roma!

Fuimos encontrando casi todo.

De la supuesta casa de mamá en la calle Batorego, encontramos dos versiones: el número 6, que era el que ella contaba, y el 36 que era el que Roma decía que correspondía hoy al 6, pero no estaba segura; recordé de pronto que mamá hablaba de árboles en la vereda y éstos estaban en donde decía 36, no en donde decía 6. La casa de mamá era, entonces, donde hoy dice el 36. Como todas las otras casas que vimos, construcción de planta baja, primer y segundo piso, escaleras de madera, oscuridad, olor a humedad.

No golpeamos ninguna puerta ni tocamos ningún timbre, no sabíamos qué departamento era. En realidad, tenían allí una sola habitación donde dormían las mujeres; los varones pasaban la noche en un negocio de cueros donde el padre llevaba la contabilidad. Además le prometimos a mamá no tocar ningún timbre, no darnos a conocer.

El lugar donde debería haber estado antes Kilinskiego 18, la casa de papá, era un terreno baldío. Por las dudas, el tío dijo que sacáramos fotos a las casas que había en el fondo que parecían viejas, "seguro que estaban cuando papá era chico" dijo. Menos mal que lo hicimos, porque ésa casa del fondo era la casa, tal cual, nos lo dijo después un vecino.

Fotografiamos los retretes que eran los mismos de entonces.

Fuimos al gimnasium de Hesio, a la escuela de Duwko, a su casa que estaba tal cual él nos la había descripto. Nos deslumbró el cine Sokol, que sigue funcionando como cine, tan lujoso, tan principesco, tan grande como entonces.

Roma dijo que había un fotógrafo, el Sr Paulus, que tal vez tendría fotos de aquella época. Decidimos ir a su casa. Fuimos los cuatro, por momentos de a dos o en fila india, por calles y veredas angostas, en una procesión que generaba la curiosidad de los transeúntes. El tío y yo con nuestras cámaras fotográficas y nuestros ojos, orejas y poros abiertos en su máxima amplitud. Nos resultó todo mucho más amigable que el otro día. Roma y Roman eran de una buenísima onda y estaban comprometidos con nosotros como si se tratara de algo vital también para ellos.

Llegamos a la casa del tal Paulus. Otra vez el olor. Vive solo en una habitación que es dormitorio, living, comedor y estudio. Estaba con otro tipo. Los dos tenían medio cara de mamados, con los cachetes y las puntas de la nariz colorados, y cierto brillo en la mirada. El amigo del Sr Paulus era pelirrojo, rubicundo y pecoso; el tío me dijo después que pensó que ése era el colorado que habían denunciado en Buenos Aires.

La denuncia. Ustedes no saben nada de todo eso. Éste es un momento tan bueno como cualquier otro para contarlo. Resulta que cuando estábamos preparando este viaje, cuando faltaba poco, mamá empezó a tener picos de presión. Ante mis insistentes preguntas de qué le estaba preocupando, mencionó el inminente viaje y se puso a llorar presa de una enorme angustia. Voy a contar muy resumido todo lo que pasó para que se entienda el comentario del tío acerca del colorado y lo de la denuncia.

Resulta que cuando los alemanes ocuparon esa parte de Polonia en el 41, en Stryj, como en todos los lugares, se formó, por orden alemana, el Consejo Judío, el Judenrat. El hermano de papá, el tío Leon, era miembro del Judenrat. El Judenrat era una especie de comisión de notables, habitualmente designada por los alemanes para que se ocuparan de la administración de los ghetos; en algunos casos, degeneró en situaciones horrorosas, hubieron miembros de los distintos Judenrats que fueron francos colaboracionistas nazis con la esperanza, nunca cumplida, de salvarse de esa manera. No sé bien qué tipo de miembro del Judenrat fue el tío Michal. Sé que no estuvo mucho tiempo; le alcanzó para colocar a cada uno de sus hermanos y a su madre a salvo en escondites con familias cristianas y escapar a Hungría y así sobrevivir. Su esposa, Fryda y su hijo, Celus, estuvieron escondidos dos años con nuestros padres en el altillo.

Todo esto me fue revelado por mamá en ocasión de la conversación previa a nuestro viaje. Me dijo que papá fue empleado por el Judenrat para trabajos de carpintería, de éso vivía. En uno de esos trabajos fue que le avisaron que iría a haber una *Aktia*, una redada, al día siguiente.

Lo cierto es que mamá estaba muy angustiada, decía que la gente acusaba a los del Judenrat de cosas, que papá no había tenido nada que ver con nada, dicho todo con enorme angustia.

Por ello y por otras cosas, antes de viajar habíamos ido a hablar con Hesio y Duwko. Queríamos ver el plano de Stryj que teníamos, ubicar allí algunas cosas, preguntarles qué querían que fotografiáramos para ellos. Curiosamente, lo primero que nos dijeron fue algo acerca "del problema que tuvo el padre de ustedes cuando llegó a Buenos Aires cuando buscaban al colorado de Stryj".

No habíamos preguntado nada ni tampoco sabíamos de qué nos estaban hablando. Sin dar a conocer nuestro desconocimiento, nos fuimos enterando de algunas cosas: Al llegar a la Argentina, alguien -no nos dijeron quién, si es que lo sabían- denunció a papá a la AMIA, diciendo que se trataba de “el colorado” que había sido miembro del Judenrat de Stryj y sospechoso de entregador y colaborador. Después de todo lo que habían sufrido, me imagino lo que representó para ellos el tener que afrontar una acusación semejante. El colmo de la injusticia y el dolor. Pero así eran las cosas en esos agitados años, la gente buscaba culpables

del horror y, muchas veces, los buscaba en lugares equivocados. Hubo un juicio, con testimonios y testigos, al cabo del cual, nos contó Hesio, papá fue declarado inocente.

Contó Hesio, que, años más tarde, un amigo del pueblo con quien se encontró en un viaje a Israel, le habló de la existencia de un pelirrojo que, como miembro del Judenrat, había sido un sanguinario y cruel colaborador nazi; Hesio recordó la dura prueba de papá en los primeros años de la inmigración a Argentina y le preguntó de quién se trataba; este amigo no recordaba su nombre, pero le dio como dato que vivía en la casa vecina a la mueblería de Leon, el hermano de papá. Hesio armó el rompecabezas: papá era pelirrojo y había habido un colorado vecino a la mueblería de su hermano, quien a su vez perteneció en los primeros tiempos al Judenrat, tal vez las historias y los dos colorados se condensaron en uno y apareció esa denuncia infundada. Las miradas y el recuerdo de Duwko y Hesio reflejaban el recuerdo del dolor y la humillación de esos días en que papá tuvo que probar su inocencia, ganar el derecho a vivir en paz.

Nos quedamos muy conmovidos por esta información que desconocíamos. Se resignificaban tantas cosas. Comprendimos la causa de que nunca se hablara de que éramos judios en casa y que no participáramos de ninguna organización judía. También se nos hizo evidente la obsesión de papá y mamá por tener ese lugar en el cementerio, por qué había sido tan importante comprar el famoso terreno: representaba la corroboración oficial y definitiva de su inocencia puesto que sólo así las autoridades de la AMIA podían haber aceptado que fuera enterrado en el sitio de los Héroes del Holocausto. Con ese lugar adjudicado, todas las acusaciones quedaban lavadas, a un culpable jamás se le habría permitido estar enterrado allí.

Nos imaginamos el sufrimiento que soportó esos primeros años de la inmigración, la vergüenza, la impotencia junto a la adaptación al medio que le resultaba doblemente hostil. Finalmente, entendimos la importancia que tenía para él la idea de ser enterrado en la Alea de los Héroes del Holocausto y por qué puso tanto empeño en elegir la foto que se colocaría en la matseive acerca de la que tantas bromas le habíamos hecho. Se debe haber dormido en paz anticipando así que exhibiría su inocencia por el resto de la eternidad; era el lugar y la foto de su reivindicación.

Ésta es la historia que había detrás de la ocurrencia delirante del tío, de que el colorado que estaba en el estudio de Paulus, era el que habían denunciado en Buenos Aires.

No coincidía la edad, además tampoco era judío, pero resultaba estúpidamente tranquilizador ver que papá no había sido el único pelirrojo de la ciudad. También es una evidencia del hondo impacto que causó en nosotros la historia de esa terrible e intolerable denuncia: igual que Hesio y Duwko, también necesitábamos encontrar un culpable, una explicación.

Pero estábamos en lo de Paulus, el fotógrafo. Volvamos allí. Roma, la directora del Museo, les contó de nuestra búsqueda y el fotógrafo nos empezó a mostrar fotos, todas de los años cincuenta, un plomazo. Se acordó que tenía el plano de Stryj de antes de la guerra, con los nombres de las calles en polaco. Lo puso en un atril para que el tío tomara fotografías. Viendo nuestra alegría ante el hallazgo del plano, el Sr Paulus se puso dicharachero y nos habló de la guerra.

Uno podría pensar en la percepción que tenemos de las cosas más allá de toda explicación, porque, sin haber mencionado que éramos judíos, lejos de ello en realidad, en el medio de un fárrago de recuerdos de los años de la guerra, asomándose a la ventana, dijo:

- "¿ven? en esta calle terminaba el gueto que empezaba en Berka Joselewicka (LA CALLE DEL ESCONDITE!!!!); terminaba acá, justo acá, en realidad, enfrente, la vereda del gueto era la de enfrente, de este lado ya era **nuestro** lado".

El tío no entendía lo que decía, yo sí. Y ahí me quedé, parada, paralizada, sintiéndome una marmota por no decir nada, no me atreví, no pude decirle que en la guerra yo no habría estado de "su" lado, que no era una de ellos sino que era de los de enfrente. No dije nada. Me cubrió la vergüenza de mi cobardía. No sé qué le hizo hacer ese comentario al Sr Paulus. Ahora pienso que algo debe haber sospechado y, como en todos nuestros contactos con los ucranianos paranoicos y desconfiados, decidió ir a la pesca sin definirse demasiado. En ese momento sentí una gran angustia pensando qué cosas habría hecho el Sr Paulus durante la ocupación alemana, cómo había sobrevivido, si había entregado judíos, si se había beneficiado de alguna manera...

Nos fuimos de allí.

Decidimos ir hacia la calle donde mamá, papá, Celus y su madre, la tía Fryda, la esposa del tío Leon, estuvieron escondidos: Berka Joselewicka (*se pronuncia: BERCA IOSELEVITSKA*)

Había una feria callejera, el "bazar" le decían, con puestos pauperrísimos que vendían

productos de granja y cositas, gente que caminaba, perros, chicos, bolsas.

Delante nuestro estaba la cuadra, era una sola, con una veintena de casas, todas iguales, todas con desvanes, una al lado de la otra: planta baja, primer piso, segundo piso y allá arriba, unas ventanucas que indicaban que había algo. Los techos casi planos eran una evidencia de lo que nos habían contado: que no podían ponerse de pie porque la altura máxima era 70cm.

¿cuál será el ventanuco del altillo?

Empezamos a caminar y una congoja incontenible me golpeó en el vientre y me puse a llorar, sin vergüenza ni recato, así, como me venía. Nos abrazamos y lloramos juntos, allí parados, en el medio de la calle mirados de soslayo por gente que iba y venía. Rendimos nuestro homenaje a los dos años que mamá y papá tuvieron que estar escondidos, viviendo como si no vivieran, haciendo como si no estuvieran, a oscuras, sin poder estirar las piernas más que los domingos, haciendo sus necesidades en una lata a la vista de los demás, las horas que seguramente nunca terminaban de pasar, los ruidos temidos de visitas inesperadas, el miedo de ser denunciados, descubiertos, asesinados ante el más mínimo ruido.

Sacamos fotos y fotos con desesperación, nos queríamos guardar el lugar, cada piedra, cada entrada, cada techo...

Entramos en una de las casas y las miramos desde el patio de la parte de atrás, volvimos a ver el supuesto lugar de los desvanes, las ventanitas... ¡que chico era! mucho más de lo que nos habíamos imaginado, ¿cómo habría sido la vida allí? ¿se escuchaban los ruidos de la gente que vivía normalmente? ¿cómo sería eso de no saber siquiera si uno tiene derecho a tener esperanzas? ¿cómo era escuchar vivir a los demás y sentir que uno ha muerto? Recuerdo testimonios de detenidos en un chupadero de Martínez, creo que era el Coti Martínez, que en el medio de las sesiones de picana, escuchan el ruido de gente en una pileta de la casa de al lado, risas, chapoteos, la frescura de la ignorancia y del vivir garantizado medianera de por medio.

Otra vez nos abrazamos, necesitabamos tocarnos, sentirnos, darnos mutuo testimonio

de existencia, en ese lugar, en ese momento, ante esas paredes.

Estuvimos unos cinco minutos en el patio de atrás. Cuando salimos otra vez a la calle encontramos a Roman y Roma que nos buscaban con desesperación porque nos habían perdido de vista. Roman estaba demudado, se ve que había corrido de aquí para allá, que había preguntado.... no sabíamos cómo pedirle perdón por no haberle avisado que entrábamos en una casa. Otra vez la paranoia: ¿por qué tanto miedo? ¿qué nos podría haber pasado para que ambos estuvieran tan asustados? Nunca lo supimos.

Ya era el mediodía pasado, teníamos hambre. Le pedimos a Roma que nos indicara el mejor restaurante de Stryj, que la invitábamos a comer. Dijo, con coquetería, que hacía mucho que no salía, pero que había uno que era especial. Nos metimos en el auto y salimos de los límites de la ciudad, a una especie de cordón industrial, feo. Al lado de una fábrica, o algo así, había un portón marrón, como de veinte metros, sin ventanas, sin ningún indicador de nada. Roma bajó y golpeó en un lugar (no sé cómo lo diferenciaba del resto del portón ya que se veía todo igual). No pasó nada. Volvió a golpear. Nada. Si había sido un lugar de comidas, ya no existía más. Pero Roma insistía. Pasó una persona caminando a la que le preguntó algo. La respuesta produjo el "sésamo ábrete", pues se acercó a la puerta y ésta se abrió. Apareció un señor vestido de blanco con un enormísimo gorro de cocinero, también blanco, que nos invitó a pasar. Entramos, curiosos. Se trataba de un lugar completamente cerrado, una especie de bunker como las discos bailables, sin ventanas. En pleno día, con un sol fuertísimo afuera, entramos en este lugar con luz artificial, mesas en semipenumbra, casi todas con gente comiendo y, al fondo, un inverosímil poster/pared de una ventana con plantas tropicales!?! En las mesas había militares que parecían de alta graduación por los galones, botones y las muchas estrellitas que llevaban, señoritas que parecían, más que simpáticas, complacientes, todos en una animada conversación y libación alcohólica. Se escuchaba música rusa, una increíble grabación efectuada en Los Angeles, de un recital de una orquesta rusa que tocaba canciones de autores judíos(!?!), velas, lámparas japonesas de plástico y papel, plantas de plástico, cigarrillos LM y Camel en una vitrina.... una especie de refugio para entendidos, para "cierta" gente: gente que pudiera pagar. Lo cierto es que el lugar gozaba de una eficiencia no vista antes en Ucrania: claro, los dueños eran los dueños, la vieja propiedad privada y el ojo del amo engorda el ganado. Se mataban para atender y servir.

Rápidos, serios, nos trajeron una comida riquísima, sopa de verdura, pan y manteca deliciosos, fiambre y carnes, platsushki con champignones y crema... Por una vez el tío no comió pirogui. Roman y Roma comieron milanesa con papas fritas.Tomamos vino. No hubieron restricciones.

Cuando terminamos de comer, quisimos sacar fotos del lugar. Ya nos habíamos quedado solos, entonces los dueños, al percatarse de nuestra intención, se pusieron a ordenar todo, cambiaron los manteles y dejaron todo impecable. Pagamos la -para ellos- fortuna de 10 dólares, con propina incluída.
El mozo y los dueños nos hacían reverencias que llegaban hasta el suelo.

Terminado nuestro cometido en Stryj, llevamos a Roma a su casa. El tío le dió 10 dólares en señal de agradecimiento y le dijo: "for the Museum".

Cuando nos despedimos me acerqué a ella y le agradecí como pude lo que había hecho. Roma entendía polaco pero hablaba sólo ucraniano, así que nuestra última conversación fue en los dos idiomas. La tomé de los brazos y ella a mí; en ese semiabrazo, los ojos en los ojos, le dije:

- “No sabés lo importante que es todo esto para nosotros”.

Con los ojos llenos de lágrimas, me contestó:

- “Sí, lo sé, lo sé todo”.

¿Sabía todo?...¿Qué sabía? ¿Siempre había sabido que éramos judíos?... Y entonces entendí que sí, ¡siempre supo lo que estábamos buscando! Nos abrazamos, esta vez en un abrazo franco y nos besamos.

¿Y si tiene algún pariente judío, un abuelo, una tía..? Si miro nuestras caras (ya sé que ya lo dije) tengo la evidencia de que hubieron entrecruzamientos en nuestra genealogía; parece que sucede lo mismo con los polacos y los ucranianos, muchos cruces con antepasados judíos, cosa para nada dificil de entender dado que los judíos están en la zona desde, según los registros, el año mil, ¡diez siglos! ¡Cuánta mezcla habrá!

Ya estoy entrando en la generalización. No todos los ucranianos tienen que ser forzosamente antisemitas. Si Roma nos acompañó y se condolió con nosotros, no se explica sólo con la hipótesis de algún parentesco judío. Es una suposición injusta y discriminatoria.

¿Qué sufrimientos hay en su vida, en el pasado, en su familia?¿De dónde habría venido Roma? ¿cómo sería su historia? ¿quiénes habían sido sus padres? Todo eso estaba en su "yo lo sé todo", en sus lágrimas y en su abrazo final. Aunque, como tantas cosas que quedaron abiertas, nunca lo sabremos.

Y, con la mano acalambrada, me saludo hasta mañana. Chau.

5 de mayo.

Ya estamos en el avión de nuevo. Supongo que ésta será la última etapa de mis anotaciones. Trataré de guardar un orden.

A la mañana vino Jarek por nosotros. Teníamos prácticamente dos o tres horas libres antes de abordar nuestro avión. Decidimos dedicarlo a la búsqueda de los Zachodny, la familia que escondió a nuestros padres.

Después del checkout nos fuimos con Jarek, según su sugerencia, a la oficina del catastro municipal. Uno no puede medir los trayectos en una ciudad que desconoce, pero parecia que anduvimos como quince minutos hasta llegar a ese lugar. ¿Cómo describirlo?

Una casa, en planta baja, sin ninguna cosa en el exterior que mostrara que se trataba de un lugar administrativo del gobierno. Había una placa chiquita en la puerta, pero vaya uno a saber que decía. Bajamos del coche y lo seguimos a Jarek tras la puerta de entrada. No más entrar y otra vez el olor, a encierro, a humedad, a sucio. Un pequeño hallcito, algunas puertas y un mostradorcito con rejas tras el cual había una puerta doble de vidrio opaco.

Jarek tenía en sus manos un papelito con el nombre "Zachodny" y, después de averiguar con algunas personas que pasaban por allí dónde debía dirigirse, se quedó al lado del mostradorcito mirando hacia las puertas dobles de vidrio opaco, esperando que saliera alguien para hacerle la pregunta. Nosotros mirábamos a la puerta también. No salía nadie. ¿Cinco minutos? ¿Diez minutos? ¿Quince? No sé cuánto estuvimos esperando. La gente entraba y salía por las otras puertas, pero nadie aparecía por las que tan ansiosamente mirábamos nosotros. Jarek se empezó a impacientar; primero tamborilleaba con los dedos sobre el mostrador, despues empezó a estirar la cabeza hacia adentro, como queriendo meterse y ver qué pasaba, miraba el reloj, resoplaba, se estaba enojando, hasta que no aguantó mas, se acercó a la puerta doble de vidrio opaco y golpeó, primero suavemente, después más resuelto. Unos minutos después apareció una empleada pública (como los policías, deben ser una raza aparte, transnacionales, podría haber sido argentina o mexicana o italiana, la misma cara de hastío, de ”estoy haciendo cosas importantíssssssimas no me moleste”, la misma ropa híbrida, el mismo rodete neutro, la misma displicencia, el mismo desprecio, idéntico el mortal aburrimiento y la tristeza en los ojos y el rictus amargo del simulacro de sonrisa con el que dijo (después Jarek tradujo):

- "¿No ve que estoy ocupada? Esperen que ya los voy a atender", y volvió a sumergirse tras la opacidad del vidrio que separaba a la puerta del resto del mundo.

Ví en la cara del tío que empezaba a cocinar algo, una especie de aura maligna, un brillo de picardía, algo, no sabía qué. Se hizo a un lado, buscó en uno de los infinitos cierres interiores de su campera verde y sacó de un manojito verde, un billete verde con un número 5. Efectivamente, cinco dólares. Guardó el rollito restante en el bolsillo interior de la campera, alisó el billete de 5, le sacó las orejitas de los ángulos, lo dobló primero en dos y después en cuatro, y, tomándolo entre el pulgar y el mayor, con el dedo índice apoyado en el borde superior, comenzó a golpetear suavemente sobre el mostradorcito ante la atónita mirada de Jarek.

- "¿Qué vas a hacer?", le pregunté divertida.

- "La voy a hacer desear", dijo

- "¿Se lo vas a dar?"

- "No sé.... Seguro que se lo voy a mostrar... después veré".

Todo fue en castellano pero Jarek entendió y aprobó con una rápida bajada de los párpados y una semisonrisa vengativa.

No recuerdo cuánto más esperamos, tal vez no hayan sido más que diez minutos, pero la anticipación de lo que iría a suceder hacía que los minutos fueran eternos, la cosa se habia vuelto divertida. No nos resultaba demasiado importante encontrar a los Zachodny, si sucedía, mejor, tal vez podíamos serles de utilidad en algo, devolverles de alguna manera lo que habían hecho por nosotros.

Finalmente la empleada emergió, se instaló trás el mostrador y Jarek le explicó que buscábamos a los Zachodny mientras el tío jugueteaba rítmica e incesantemente con los cinco dólares que, cual fascinum, ejercían un efecto magnético sobre los ojos de la súbitamente ilusionada-revitalizada-presurosa empleada administrativa.

- "Sí, cómo no, en un minutito, veré lo que puedo hacer, perdón por la demora..." y se fue cual rayo adentro. ¡La cara del tío era un poema!

- "¡La voy a cagar a ésta!" me dijo, "la voy a hacer desear...". "estás a mis pies, basura, a ver cómo corrés por cinco dólares".

Nos estábamos vengando de tantas cosas... Pobre empleada pobre, pobre víctima

propiciatoria.

Salió con varios cartoncitos, fichitas de cartulina o cartón, amarilleadas por el paso del tiempo. Jarek y la empleada se pusieron a hablar en ucraniano estudiando cada una de las fichas y, al final, parece que sólo una se ajustaba a lo que habíamos solicitado: había una familiaZachodny que vivía allí. Sin que se lo pidiéramos, la empleada corrió adentro para traer una hojita donde apuntó diligentemente la dirección.

Jarek y yo dijimos gracias y salimos. El tío dejó caer la carnada, como al descuido, sobre el mostrador, sin siquiera agradecerle, sin mirarla, con el máximo de los desprecios y la profunda satisfacción de ver que ella se humillaba completamente, que tomaba los cinco dólares y se deshacía en agradecimientos que nadie le respondió.

Suena cruel, pero sin embargo fue justo como debía ser. La pobre empleada se puso a tiro y dió con el fisique-du-rol para que cayera sobre ella la dura venganza de antiguos y presentes desprecios y humillaciones. Era la persona justa en el momento y lugar apropiado.

Lo cierto es que salimos de allí portadores de una dirección de una familia llamada Zachodny.

- "¿Vamos?" preguntó Jarek.

- "¿A cuánto queda del aeropuerto?",

- "Como a quince o veinte minutos, y está en camino." dijo.

Fuimos. Teníamos como una hora y media todavía y las valijas ya estaban en el baúl del coche.

Nos llevó otra vez por calles y lugares inhóspitos, y llegamos a un barrio de monoblocks, unos treinta o cuarenta edificios grises, altos, todos iguales. Teníamos que ir al número 29. Nos metíamos por callecitas que desembocaban, cual laberinto, en el número equivocado, calles sin salida, Jarek preguntaba y nadie sabía por dónde había que ir para ir al 29. Finalmente llegamos.

- "Andá vos" dijo el tío con desgano y desinterés.

Fui tras Jarek. Entramos al monoblock. Me hizo acordar a las películas norteamericanas que muestran los edificios del Bronx donde están los distintos grupos de negros y latinos, patotas y adictos peleándose entre ellos. Era en el piso 9. El ascensor no andaba. Hacía un frío de los mil demonios. Los vidrios de la escalera que empezamos a subir

estaban invariablemente rotos; había que prestar atención donde se apoyaban los pies porque en el piso había de todo, basura, vidrios, vómito, caca; las paredes con grafitis indescifrables para mí, dibujos, borrones, garabatos, huellas de manos, pintura saltada, golpes, grietas, telas de araña...

Ya casi sin resuello llegamos al noveno. Había dos puertas. La de la izquierda estaba como tabicada con maderas que la atravesaban en todos los sentidos; debía de estar deshabitada. La de la derecha era nuestro destino. Jarek golpeó y me miró con una expresión silenciosa de disculpas por las condiciones en que estaba todo, como si fuera su responsabilidad. Nos abrió una mujer joven de no más de veintidós o veintitrés años a la que seguía un niñito como de un año y medio colgado de las polleras; rubia, con una trenza algo desprolija y muy maquillada para esas horas de la mañana, escuchó con atención lo que Jarek le decía y, mirando hacia el interior, llamó a alguien. Se asomó una señora que tenía entre cuarenta y cinco y setenta años, con una pañoleta tejida sobre la cabeza, los ojos tristes y ajados, un delantal harapiento sobre la falda y manos que sabían de agua fría. Resultó ser la Sra Zachodny, que el Zachodny era su marido, la jovencita era la nuera. Siempre habían vivido en Lwów, tanto su marido como los padres de él; no, no tenía hermanos, era hijo único; no, no sabía de primos u otros parientes. Hablaba con una expresión sumisa y benevolente, como de alguien acostumbrado sólo a responder. Jarek me iba traduciendo ante la mirada curiosa de la Sra Zachodny que tendría el recuerdo de esta excitante conversación para contar por el resto del año. Le pedí que le agradeciera muchísimo y nos fuimos.

Desandamos nuestros pasos a lo largo de los nueve inmundos pisos y salimos finalmente al aire exterior tan grato y protector, a la cara del tío, a la perspectiva de ir al aeropuerto. Nos queríamos ir de Ucrania. Ya había sido suficiente. No queríamos más. Menos mal que no eran los Zachodny que buscábamos.

Despedida de Jarek, agradecimiento, regalos, intercambio de direcciones.

Aeropuerto, check in, valijas, pasaportes (otra vez el tema con la renovación del pasaporte del tío que esta vez él anticipó y explicó de entrada y en inglés petulante y altivo), varios controles antiterrorismo, miradas suspicaces, el mismo pasillito angostito de doble mano, la misma ventanilla que al ingreso, sólo que en el otro sentido y, finalmente, la sala de espera del pre-embarque. Era una habitación cuyas ventanas daban a la parte exterior del

edificio; había una ventana por la que se agolpaban los parientes de los que viajaban, los chicos, las abuelas, y se hacían gestos diciéndose las últimas cosas, reiteradas seguramente, pero ésas que parecen tan urgentes en esos momentos en que uno cree que nunca más verá al otro, que tiene sólo esa oportunidad para decir eso tan imprescindible que debe decir. Mirábamos todo con ternura, no teníamos a nadie que nos despidiera de esa tierra que había sido, durante generaciones y generaciones, la nuestra. ¿De dónde somos? ¿Cuál es nuestro lugar? ¿Cuáles las raíces?

Empezamos a prestar atención a nuestros compañeros de vuelo. Había varios tipos hablando italiano, el idioma que se hablaba en nuestro barrio de la infancia, en Floresta y que conocíamos tan bien. Cuando nos escucharon hablar castellano, uno de ellos se dirigió a nosotros y reingresamos al mundo que dejamos transitoriamente a un lado durante estos días. El tipo había estado en Argentina unos meses atrás, nos habló de Buenos Aires, del Tigre, de la Recoleta, Maradona y de su casa en el Véneto, Monfalcone ciudad de la que era oriundo, Trieste, Duino.., esos lugares que, también evocaban cosas nostálgicas, queridas y conocidas para nosotros, yo qué sé, hablar italiano, reecontrar la gestualidad expansiva, el hablar con las manos, la estentoriedad de las voces, las melodías que reconocíamos....

Tomamos el vuelo de Lot con la sensación de "ya está, esto fue todo", sin mirar para atrás. Lo que seguía, era otra vez el mundo conocido.

Regresamos del regreso.

Indice

El regreso, Polonia

Primera carta: viaje y llegada

Segunda carta: Varsovia

Tercera carta: Lublin-Majdanek

Cuarta carta: Cracovia

Quinta carta: Auschwitz-Birkenau

Sexta carta: Treblinka

El regreso, Ucrania

2 de mayo: Vuelo, llegada

3 de mayo: Drohobycz, Boryslaw

4 de mayo: Stryj

5 de mayo: Lwow, último día